



CARTILLA DE FORMACIÓN EN CRISTOLOGÍA



PRESENTACIÓN

La cristología es una rama de la reflexión teológica, propiamente de la teología dogmática y sistemática, que a partir de la sagrada escritura, la tradición viva de la Iglesia y su magisterio, profundiza en las diferentes verdades de fe.

En el año 2024 a partir del lema asumido en nuestra diócesis, “TU ERES EL CRISTO” dentro de la dinámica del plan pastoral diocesano PEIP (Proceso de Evangelización para la Iglesia Particular), estando ubicados en el primer paso “el encuentro con Jesús” y cuya insistencia es “la Palabra de Dios”, se optó por publicar una secuencia de catequesis, que permitiera abordar y plantear una reflexión concisa sobre los diferentes títulos con que Jesús se nos ha dado a conocer en las Sagradas Escrituras.

Indudablemente la temática propuesta, no sería propiamente catequesis estructurada en su clásico esquema de pasos, sino una reflexión introductoria que lleve al lector a un acercamiento sistemático a la persona de Jesús, desde los datos que nos ofrece las Sagradas Escrituras y el Magisterio de la Iglesia, con el ánimo de que pueda conocerle un poco más, conociéndole pasar a amarle y amándolo hacer una opción preferencial por Cristo, sabiendo dar razón de su fe.

Estas reflexiones son solo un aporte, que como sacerdote hago a esta Iglesia particular, como una manera de ejercer mi oficio de enseñar que deriva del ministerio recibido el día de mi ordenación sacerdotal y como una manera de contribuir a la formación cristiana y doctrinal de los fieles bautizados, especialmente los agentes de pastoral, de esta porción del pueblo de Dios que peregrina en la Diócesis de Cúcuta.

INTRODUCCIÓN

Dios ha visitado a su pueblo y lo ha hecho más allá de toda expectativa: enviando a su Hijo amado, Jesucristo. Como lo sintetiza el catecismo de la Iglesia Católica N.º 423:

Creemos y confesamos que Jesús de Nazaret, nacido judío de una hija de Israel, en Belén en el tiempo del rey Herodes el Grande y del emperador César Augusto I; de oficio carpintero, muerto crucificado en Jerusalén, bajo el procurador Poncio Pilato, durante el reinado del emperador Tiberio, es el Hijo eterno de Dios hecho hombre, que ha *"salido de Dios"* (Jn 13, 3), *"bajó del cielo"* (Jn 3, 13; 6, 33), *"ha venido en carne"* (1 Jn 4, 2), porque *"la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad [...] Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia"* (Jn 1, 14. 16).

El motivo de ese envío que hace el Padre de su Hijo al mundo, es *"para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que creyendo tengan vida eterna"*. Por puro amor Dios envía a su Hijo a una humanidad esclava y perdida en el pecado, para que asumiendo la fragilidad de la condición humana, fuera elevada a la participación de la vida divina.

Vale la pena ahondar un poco en el significado del nombre Jesús y Cristo, que revelan la identidad de su misión encomendada a Él por el Padre y que a su vez refleja el porqué de su encarnación y su designación como el Señor.

Jesús, es el nombre que el ángel Gabriel le comunica a María, que debe colocar al Hijo que concebirá en su vientre por obra del Espíritu Santo (Lc 1, 31.35) y quiere decir en hebreo "Dios salva" expresándose así la identidad y misión del Hijo de Dios nacido de María virgen. De igual manera es lo que el ángel anuncia a José en sueños: *"dará a luz un Hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados"* (Mt 1,21).

La salvación que trae Jesús, es del pecado de su pueblo: *“Puesto que el pecado es siempre una ofensa hecha a Dios (cf. Sal 51, 6), sólo Él es quien puede absolverlo (cf. Sal 51, 12). Por eso es por lo que Israel, tomando cada vez más conciencia de la universalidad del pecado, ya no podrá buscar la salvación más que en la invocación del nombre de Dios Redentor”* (C.I.C N.º 431).

Mas aún, como continúa enseñando el Catecismo de la Iglesia católica N.º 432: *“El nombre de Jesús significa que el Nombre mismo de Dios está presente en la Persona de su Hijo (cf. Hch 5, 41) hecho hombre para la Redención universal y definitiva de los pecados. Él es el Nombre divino, el único que trae la salvación (cf. Jn 3, 18; Hch 2, 21) y de ahora en adelante puede ser invocado por todos porque se ha unido a todos los hombres por la Encarnación (cf. Rm 10, 6-13) de tal forma que “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12)”*.

Cristo, *“viene de la traducción griega del término hebreo “Mesías” que quiere decir “ungido”. Pasa a ser nombre propio de Jesús porque Él cumple perfectamente la misión divina que esa palabra significa. El Mesías debía ser ungido por el Espíritu del Señor (cf. Is 11, 2) a la vez como rey y sacerdote (cf. Za 4, 14; 6, 13) pero también como profeta (cf. Is 61, 1; Lc 4, 16-21). Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey.”* (C.I.C N.º 436).

“Eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobreentendido Él que ha ungido, Él que ha sido ungido y la Unción misma con la que ha sido ungido: Él que ha ungido, es el Padre. Él que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción” (San Ireneo de Lyon).

Señor. En el Antiguo Testamento, el nombre inefable con el cual Dios se reveló a Moisés (cf. Ex 3, 14), YHWH, es traducido por Kyrios ["Señor"]. Señor se convierte desde entonces en el nombre más habitual para designar la divinidad misma del Dios de Israel. El Nuevo Testamento utiliza en este sentido fuerte el título "Señor" para el Padre, pero lo emplea también, y aquí está la novedad, para Jesús reconociéndolo como Dios (C.I.C N.º 446).

En esta línea, indica el Catecismo (N.º 449) que “atribuyendo a Jesús el título divino de Señor, las primeras confesiones de fe de la Iglesia afirman desde el principio (cf. Hch 2, 34-36) que el poder, el honor y la gloria debidos a Dios Padre convienen también a Jesús (cf. Rm 9, 5; Tt 2, 13; Ap 5, 13) porque Él es de "*condición divina*" (Flp 2, 6) y porque el Padre manifestó esta soberanía de Jesús resucitándolo de entre los muertos y exaltándolo a su gloria (cf. Rm 10, 9; 1 Co 12, 3; Flp 2, 11)”.

Confesar o invocar a Jesús como Señor es creer en su divinidad "Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo"(1 Co 12, 3).

Estas tres designaciones referidas a la segunda persona de la Santísima Trinidad, son bastante comunes en la oración cristiana y reflejan la familiaridad del pueblo cristiano con su Dios. Con este desarrollo inicial, de lo que significa el nombre de JESUCRISTO y todo el contenido teológico que encierra, es el momento de abrirse paso a la reflexión de otros títulos con que también se identifica a la persona de Jesús, Dios y hombre verdadero, así como otros aspectos esenciales de la vida de Jesús, intentando seguir una línea histórica desde su encarnación hasta su glorificación, de acuerdo a los datos que ofrecen las sagradas Escrituras y el Magisterio de la Iglesia.

Bienvenidos a este emocionante recorrido de fe en Jesucristo el Señor.



La condición divina de Jesús

“Preexistencia del Hijo de Dios”

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“Al principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Ella existía al principio junto a Dios” (Jn 1, 1-2).

En la Sagrada Escritura, Jesús ha revelado que es el Hijo único del Padre y por tanto se puede concluir que es Dios, aunque no fuera su pretensión afirmarlo explícitamente. Es la iniciativa reveladora del mismo Dios, lo que permite tener este conocimiento, pues “nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único, Dios, que estaba al lado del Padre. Él nos lo dio a conocer” (Jn 1, 18).

1. La preexistencia de Jesús

En el Credo Niceno Constantinopolitano se profesa: “Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, de la misma naturaleza del Padre”. Cuando se habla de “preexistencia”, se está refiriendo concretamente, a la existencia eterna del Hijo de Dios, que ha existido desde siempre y vive para siempre.

El Evangelio de san Juan, es quien más ofrece aspectos reveladores de

la persona de Jesús en razón a su preexistencia, presentándolo concretamente como “la Palabra, que existía desde el principio junto a Dios y era Dios, por quien todo fue hecho” (Jn 1, 1-3), que ha salido de Dios y vuelve a Dios (Jn 13, 3), que ha bajado del cielo (Jn 3, 13). También san Pablo, alude a este tema cuando afirma que Jesús “es imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación. Todo fue creado por Él y para Él, Él es anterior a todo y todo se mantiene en Él” (Col 1, 15.17). Por su parte, la carta a los Hebreos, señala que “Jesús es reflejo de su Gloria, la imagen misma de lo que Dios es y mantiene el universo con su palabra poderosa” (Hb 1, 3).

“Cuando se habla de “preexistencia”, se está refiriendo concretamente, a la existencia eterna del Hijo de Dios, que ha existido desde siempre y vive para siempre”.

2. Jesucristo - Dios, en la Sagrada Escritura

Además de los textos ya citados de la Sagrada Escritura, que exponen la eternidad del Hijo, se puede señalar otras citas en que se afirma puntualmente que Jesucristo es Dios:

- “La Palabra era Dios” (Jn 1, 1).
- “El Hijo único, Dios, que estaba al lado del Padre” (Jn 1, 18).
- “Contestó Tomás: Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28).

- “De su linaje carnal desciende Cristo, Dios bendito por siempre que está sobre todo” (Rm 9, 5).
- “Esperando la promesa dichosa de la manifestación de la Gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit 2, 13).

- “Nosotros permanecemos en el que es verdadero y con su Hijo Jesucristo. Él es Dios verdadero y la vida eterna” (1 Jn 5, 20).

Muchas otras citas bíblicas, le dan el nombre de “Hijo de Dios”, “Señor”, “Logos”, “Resplandor de la gloria”, “Imagen de la sustancia de Dios”, “Imagen de Dios invisible” (Col 1, 15), “En quien reside la plenitud de la divinidad” (Col 1, 19), el “Primero y Último” (Ap 1, 17), “En quien ha sido todo creado” (Col 1, 16), y muchos otros textos en que se le dan a Jesús, atributos divinos.

3. La Divinidad de Cristo

La abundante evidencia bíblica en torno a la divinidad de Jesús, demuestra que, desde la época naciente de la Iglesia, Jesucristo aparece vinculado directamente al misterio de Dios y haciendo parte de ese misterio desde la eternidad, que en realidad fue la gran novedad introducida por el cristianismo. De hecho, Jesús, jamás manifestó directamente su divinidad, sino que poco a poco, con sus palabras y su actuación, fue progresivamente mostrando su identidad divina (Cf. Mt 11, 2-6; Lc 11, 20; Mc 8, 35; Mc 2, 28).

Esta conciencia clara, entorno a la identidad divina de Jesucristo, surge justamente a la luz del Misterio Pascual de Cristo, pues los discípulos después de la resurrección del Señor, hacen una lectura retrospectiva de los hechos y palabras de Jesús y sintiéndose verdaderamente salvados, concluyen que solo sería posible dicha salvación, si entre Jesús y Dios no hubiese distancias. Es ahí cuando le reconocen como Hijo de

Dios, que procede del Padre y, por tanto, es Dios, como Jesús mismo ya lo había expresado “El Padre y Yo somos uno” (Jn 10, 20); o también, “Créanme, que Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (Jn 14, 11).

4. La relación con el Padre

Jesús tiene una manera precisa en el modo de relacionarse con Dios, especialmente en la forma de nombrarle: usa la palabra “Abbá” para dirigirse a Dios (Mc 14, 36). Sin embargo, mantiene una distinción en su discurso, pues habla de “Mi Padre” y “el Padre de ustedes”, para indicar que su relación con el Padre es única:

- “Si alguien me ama cumplirá mi Palabra y mi Padre lo amará” (Jn 14, 23).
- “Sean compasivos, como es compasivo el Padre de ustedes” (Lc 6, 36).

La expresión “Abbá” se trata de un lenguaje de familiaridad absoluta, empleado por Jesús, cargado de intimidad y de confianza para dirigirse a Dios. Con ello, sin que fuera su pretensión, ha manifestado su autoconciencia divina y el secreto de su ser. Este es un argumento contundente, para afirmar la divinidad de Jesús.

Dios se ha revelado al hombre, comunicándole gradualmente su propio Misterio mediante obras y palabras de manera que “Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre” (CIC n. 65). En este sentido, san Juan de la Cruz comenta que, “porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo”. Enviando a su propio Hijo al mundo, Dios se ha revelado gratuitamente y por amor al género humano, le ha llamado a participar de la vida divina. Este tema de la naturaleza humana del Hijo de Dios además de su naturaleza divina, en la única persona del Hijo, es el que se abordará en el próximo título de esta serie.

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

“*Habiendo tratado ya el tema de la divinidad de Jesús, es preciso reflexionar ahora en torno a la humanidad de Jesús, teniendo claro que en Jesús “reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente” (Col 2, 9).*

1. La Encarnación del Hijo de Dios

Hay que pensar la realidad personal de Jesús, distinguiendo sus estados de existencia, que incluye su inserción en la historia humana, como un abajamiento de aquel que existía desde antes que el mundo fuera (pre-existencia), pero que, por obediencia a la voluntad del Padre, ingresó al mundo “nacido de mujer” (Gal 4, 4), transitó por el mundo, se hizo obediente hasta la muerte en Cruz y habiendo resucitado, salió del mundo y fue glorificado a la derecha del Padre.

De esta manera, se tiene un doble origen de la misma persona: origen celeste y origen terrestre, produciéndose en la persona de Jesús, la intersección del tiempo por la eternidad, como un designio de Dios, que lleva a cabo su propósito de redimir el género humano, abocado a la muerte eterna por su pecado.

2. El fundamento bíblico en torno a la Encarnación del Verbo de Dios

La Sagrada Escritura en el Nuevo Testamento, presenta con frecuencia una abundante alusión a este acontecimiento en la historia humana del origen terreno de Jesús. Los evangelios de san Mateo y san Lucas (Cap 1-2), narran con matices diferentes la concepción de Jesús de María Virgen, como resultado del poder del Espíritu Santo, sin intervención de hombre. Por su parte, el Evangelio de san Juan, expone que “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14), y en su primera carta



añade como certeza que “todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios” (1 Jn 4, 2).

Las cartas de san Pablo, abordan de manera abundante el nacimiento histórico del Hijo de Dios:

- “Llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Gal 4, 4).

- “Tomó la condición de esclavo haciéndose uno de tantos” (Flp 2, 7).

- “Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8, 9).

- El Hijo, nacido por línea carnal del linaje de David” (Rm 1, 3).

Resulta sumamente significativo el papel de la Virgen María en todo este acontecimiento de la Encarnación, pues por ella que otorga su ser entero y coopera con Dios, se inserta la persona divina del Hijo en el mundo, con todo el realismo del género humano.

3. La importancia de la concepción virginal de Jesús

Jesucristo: Hombre verdadero

“El Espíritu Santo es el vínculo de unión entre el Padre y el Hijo, lo mismo sucede en el tiempo, donde el Espíritu forja, cualifica y connaturaliza la humanidad y la divinidad en Jesús”.

Señala la declaración *Dóminus Iesus* (n. 10) “Debe ser, en efecto, firmemente creída la doctrina de fe que proclama que Jesús de Nazaret, hijo de María, y solamente Él, es el Hijo y Verbo del Padre. El Verbo, que

«estaba en el principio con Dios» (Jn 1, 2), es el mismo que «se hizo carne» (Jn 1, 14)”.

La afirmación de un Jesús, nacido de la Virgen María y concebido por obra del Espíritu Santo, sin concurso de varón, hace que el Jesús que nace sea todo Él, fruto de la acción divina y sea por tanto Dios mismo el protagonista

del hecho. Como lo afirma el Concilio Vaticano II: «El Hijo de Dios [...] trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado» (Gaudium Et Spes 22).

4. ¿Cómo es hombre el Hijo de Dios?

Al leer el himno cristológico de la carta a los Filipenses, en que se afirma de Jesús que “existiendo en

la forma de Dios, no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació a sí mismo y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres” (Flp 2, 6-7), no se puede pensar en un abandono en Jesús, de su naturaleza divina, dejada con el Padre temporalmente mientras se hacía hombre, para luego retomarla cuando retornara al cielo con su ascensión. Con este texto, san Pablo plantea el paso de la condición divina a la condición humana de Jesús, en un proceso: vaciamiento, humillación y obediencia, donde la esencia es el servicio.

No puede llegar a imaginarse a Jesús como un semidios, al estilo de la concepción griega, fruto de la unión carnal entre un dios y una mujer. Con la concepción virginal de Jesús en Santa María Virgen, no comienza a existir el Hijo, pues existe desde siempre, sino que comienza a existir encarnado.

“La Iglesia confiesa, que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero Hombre. Él es verdaderamente el Hijo de Dios que se ha hecho hombre, nuestro hermano, y eso sin dejar de ser Dios” (C.I.C 469). Por tanto, es doctrina veraz, que, en la persona única del Hijo de Dios, existen dos naturalezas: la divina y la humana y que “es contrario a la fe cristiana introducir cualquier separación entre el Verbo y Jesucristo, pues Jesús es el Verbo encarnado, una sola persona e inseparable” (Dóminus Iesus 10d).

De la misma manera que, en la Trinidad, el Espíritu Santo es el vínculo de unión entre el Padre y el Hijo, lo mismo sucede en el tiempo, donde el Espíritu forja, cualifica y connaturaliza la humanidad y la divinidad en Jesús, desde el comienzo hasta el final de su existencia terrestre.

Como conclusión, solo queda insistir que Jesús es totalmente hombre y es totalmente Dios y por tanto “se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación” (Concilio de Calcedonia).

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Ga 4, 4-5).

Con el Credo Niceno-Constantinopolitano se profesa: “Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre”. El evangelista san Juan testimonia al comienzo de su Evangelio que “la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14) para indicar con ello el abajamiento (kénosis) del Hijo de Dios que “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre” (Flp 2, 6-7).

1. Jesús concebido por obra y gracia del Espíritu Santo

En el Evangelio de san Lucas, se relata el momento histórico en que el ángel Gabriel anuncia a María que será la madre del Hijo de Dios: “vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús” (Lc 1, 31). María “quien ha hallado gracia delante de Dios” (Lc 1, 30) es invitada a concebir a aquel en quien habitará “corporalmente la plenitud de la divinidad” (Col 2, 9). La respuesta divina a su inquietud “¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1, 34), se dio mediante el poder del Espíritu: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc 1, 35).

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que: “la misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo. El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina, Él que es el Señor que da la vida, haciendo que ella conciba al Hijo eterno del Padre en una humanidad tomada de la suya” (CIC n°485).



La Natividad del Hijo de Dios

2. ¿Por qué el Hijo de Dios se hizo carne?

El Catecismo de la Iglesia Católica señala los principales argumentos que movieron a Dios a un nuevo desbordamiento de su amor, para con una humanidad abocada al pecado y cuyo único destino era la muerte eterna:

- El Verbo se encarnó para que se **conociera el amor de Dios**: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Jn 4, 9). “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

- El Verbo se encarnó para **ser modelo de santidad**: “Tomen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí ...” (Mt 11, 29). Él es, en efecto, el modelo de las bienaventuranzas y la norma de la Ley nueva: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 15, 12). Este amor tiene como consecuencia la ofrenda efectiva de sí mismo (Mc 8, 34).

- El Verbo se encarnó para **hacer al hombre “partícipe de la naturaleza divina”** (2 Pe 2, 4). Al asumir la condición humana, Jesús se hizo semejante en todo al hombre, excepto en su condi-

Jesús y, aceptando de todo corazón la Voluntad Divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con Él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención” (CIC n° 494).

La Iglesia confiesa que: “María es la Madre de Dios, en cuanto que es la Madre de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, concebido en su vientre por obra del Espíritu Santo. Jesús fue concebido sin semilla de varón, por obra del Espíritu Santo” (Concilio de Letrán).

4. El sentido del Pesebre

Relata el Evangelio de san Lucas que María “dio a luz a su Hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre porque no tenían sitio en el alojamiento” (Lc 2, 7). Aparece la imagen de los pañales, que, en la reflexión de los padres de la Iglesia, se interpreta como una referencia anticipada a la hora de su muerte y su sepultura envuelto en un sudario. Pero también aparece la imagen del pesebre, que se trataría de un lugar poco adecuado, pero que ofrecía la discreción necesaria para tan importante acontecimiento. El pesebre indica, que para aquel por quien fueron creadas todas las cosas, no había sitio, expresando puntualmente el rechazo y la oposición que encuentra en muchos pues “vino a su casa y los suyos no lo recibieron” (Jn 1, 11). El mismo Jesús afirma en su momento que: “las zorras tienen guaridas y los pájaros nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20).

Desde su nacimiento, Jesús no pertenece al ambiente que el mundo considera poderoso e importante, ya que la lógica de Dios es completamente contraria a la lógica humana. Son diversas las interpretaciones que se pueden hacer sobre estos aspectos relatados en los Evangelios. Sin embargo, como conclusión de este escrito, se puede afirmar que la Navidad, que celebra el nacimiento del Hijo de Dios, marcó el rumbo de la historia humana, pues instauró el Reino de Dios en este mundo y consumó la historia de la Salvación para el pueblo de Dios.

ción pecadora; y al resucitar y ascender al cielo, le elevó a la participación de la vida divina.

3. Nació de la Virgen María

Magistralmente el Catecismo de la Iglesia, ofrece una síntesis del valioso papel de María en la historia de la salvación y quien con su “SÍ” posibilitó la encarnación del Hijo único del Padre:

“Dios envió a su Hijo” (Ga 4, 4), pero para “formarle un cuerpo” (Hb 10, 5) quiso la libre cooperación de una criatura. Por eso desde toda la eternidad, Dios la escogió para ser la Madre de su Hijo a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a “una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María” (Lc 1, 26-27). Para ser la Madre del Salvador, María fue “dotada por Dios con dones a la medida de una misión tan importante” (LG 56). El ángel Gabriel en el momento de la anunciación la saluda como “llena de gracia” (Lc 1, 28). En efecto, para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de su vocación, era preciso que ella estuviese totalmente conducida por la gracia de Dios (CIC n° 488. 490).

María, “dando su consentimiento a la Palabra de Dios, llegó a ser Madre de

“Jesucristo, el Hijo de Dios”

II Catequesis Cristológica

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís e integrante de la comisión diocesana de catequesis.

Después de la introducción publicada, se inicia este ciclo de catequesis Cristológicas, abordando el tema de “Jesús como el Hijo de Dios” que permitirá a usted querido lector, ahondar en la conciencia de ser hijos en el único Hijo Nuestro Señor Jesucristo.

Vale la pena partir de este relato que nos presenta San Pablo: “Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley” (Gal 4,4). Habiendo preparado Dios desde el momento de su concepción, a quien habría de ser la Madre del unigénito de Dios según la carne, preservándola de toda mancha de pecado, pues pura y santa debía de ser quien había sido elegida, para ser la madre del Salvador, envió Dios a su Hijo y se hizo carne.

En ese contexto nos encontramos con este maravilloso relato que el Evangelio de san Lucas nos ofrece: El ángel le dijo a María: vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado **Hijo del Altísimo** y el señor Dios le dará el trono de David, su padre (Lc 1, 30-32).

Ya desde el comienzo, está clara la identidad de Jesús como el Hijo de Dios y que se constituye de hecho, en la expresión sublime del amor de Dios por la humanidad: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su **Hijo unigénito**, para que todo el que crea en Él no muera, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

1. El título Hijo de Dios, en la Sagrada Escritura

En el NT, es cuando este título se refiere de manera explícita a la persona de Jesús, cuando Pedro confiesa a Jesús, como “El Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16). El mismo Jesús se designó como el “Hijo” que conoce al Padre (cf. Mt 11, 27; 21, 37-38), que es distinto de los “siervos” que Dios envió antes a su pueblo (cf. Mt 21, 34-36), superior a los propios ángeles (cf. Mt 24, 36) y pide la fe en el “Nombre del Hijo único de Dios” (Jn 3, 18). Esta confesión cristiana aparece ya en la exclamación del centurión delante de Jesús en la cruz: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15, 39), porque es solamente en el misterio pascual donde el creyente puede alcanzar el sentido pleno del título “Hijo de Dios” (Cf. CIC n. 442-444). De hecho, cuando Jesús es interrogado ante el sanedrín, de si era el Hijo de



Dios, Él lo ratifica diciendo “Ustedes lo han dicho, lo soy” (Lc 22, 70). El título “Hijo de Dios” es frecuentemente utilizado en la predicación apostólica, como es el caso de Pablo, que predicaba a Jesús en las sinagogas, como el Hijo de Dios (Hch 9, 20).

2. Hijo de Dios, en el Bautismo de Jesús (Mt 3, 13-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22)

Cuando sucede el Bautismo de Jesús en el río Jordán, lo anunciado por el ángel Gabriel a María, es ahora ratificado por la voz del Padre: “Este es mi Hijo amado en quien me complazco” (Mt 3, 17) que no ha de entenderse en

Jesús como un hacer, sino como su ser, su identidad que es revelada. El significado pleno del Bautismo de Jesús - como lo expresa S.S Benedicto XVI en su libro Jesús de Nazaret - que comporta cumplir «toda justicia», se

manifiesta sólo en la cruz: el Bautismo es la aceptación de la muerte por los pecados de la humanidad, y la voz del cielo «Este es mi Hijo amado» (Mc 3, 17) es una referencia anticipada a la resurrección.

Su Bautismo, prefigura el misterio de la salvación, que en el madero de la cruz y la Resurrección, viene a consumarse, en cuanto que al ser introducido Jesús en el agua, es la imagen viva de su inserción en el mundo según la carne, asumiendo nuestra condición



humana para luego elevar al género humano a la vida en Dios, reconciliados por el precio de su sangre.

3. Hijo de Dios, en la Transfiguración de Jesús (Mt 17, 1-9; Mc 9, 2-9; Lc 9, 28-36)

Otro momento en la vida pública de Jesús, en que se ratifica desde el cielo, la identidad de Jesús como Hijo de Dios, es la Transfiguración. Nuevamente la voz desde la nube, como aconteció en el Bautismo, afirma la condición filial de Jesús: “Este es mi Hijo amado”. Indudablemente en este acontecimiento se expresa con mayor claridad la condición divina de Jesús, el Hijo de Dios. En Jesús, el Hijo, se manifiesta la cercanía de Dios a su pueblo, que es cubierto (simbolismo de la nube) con su gloria, para todos los que estén en la disposición interior de “escucharle”. De ahí la insistencia del Padre que habla desde la nube: “Escúchenlo” pues es la condición



necesaria para ser introducidos en el misterio de la presencia de Dios, que en Jesús el Hijo ha llegado al género humano.

4. Como creyentes, hijos en el Hijo

El nombre de “Hijo de Dios” significa la relación única y eterna de Jesucristo con Dios su Padre: Él es el Hijo único del Padre (cf. Jn 1, 14, 18) propiamente hablando y Él mismo es Dios (cf. Jn 1, 1). El sacramento del Bautismo, efectivamente constituye al bautizado, como “hijo en el Hijo único de Dios”. Se trata de una filiación adoptiva, que se otorga como don gratuito de Dios.

Para ser cristiano es necesario “creer” que Jesucristo es el Hijo de Dios (cf. Hch 8, 37. CIC n. 454). De hecho, el mismo Jesús afirma que el Bautismo es necesario para la salvación (Jn 3, 5) pero, aunque la salvación y la dignidad de ser hijo de Dios, es un don de Dios al hombre, implica como respuesta personal al don que se otorga, apropiarse ese don mediante la fe. La fe, es el vínculo que nos introduce en esta condición de vida nueva en Dios y en la medida en que esa fe se



robustece, alimentada por la oración, la vida sacramental y el conocimiento de la Palabra de Dios, permite expresar vivamente la dignidad como hijos que viven la regla del amor, teniendo presente que “Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en Él” (1 Jn 4, 16). Esa es la meta como hijos: permanecer en Dios, la comunión con Dios.

Jesús: Palabra Eterna del Padre

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

Jesucristo es la Palabra encarnada que revela la gloria de Dios en el mundo. Es esta la línea clave a desarrollar en la presente catequesis, con el ánimo de motivarles a acercarse al conocimiento de las Sagradas escrituras, pues como lo afirmaba san Jerónimo: *“Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”*. De ahí la importancia de vivir en contacto y en diálogo orante con la Palabra de Dios, que se encuentra plasmada por escrito en la Sagrada Biblia.

1. En el principio existía la Palabra (Preexistencia)

“Al principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios” (Jn 1, 1). Con estas palabras se abre el Evangelio de san Juan, poniendo de manifiesto la eternidad del Hijo y afirmándose la preexistencia de Jesús, es decir su existencia antes de que el mundo fuera, tal como se afirma en el credo niceno constantinopolitano: *“Creo en un solo señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho”*.

El relato de la creación, presentada por el libro del Génesis en el capítulo 1, en cinco oportunidades indica *“dijo Dios”* y día tras día de esa semana, se fue dando origen a todo cuanto existe. Ese *“dijo Dios”* lo explica justamente el Evangelio de san Juan cuando afirma: *“Todo fue hecho por ella (la Palabra) y sin ella no se hizo nada de cuanto existe”* (Jn 1, 3).

2. Plenitud de la Revelación de Jesucristo

La declaración Dominus Iesus (nº 5) promulgada en el año 2000, por la congregación para la Doctrina de la Fe, afirma:

“Debe ser firmemente creída la afirmación de que en el misterio de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado... se da la revelación de la Plenitud de la verdad divina: “Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 27). “A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha revelado” (Jn 1, 18); “Porque en él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente” (Col 2, 9-10).

Además de resaltar el hacer de Jesús como Palabra del Padre, en la creación, es imprescindible resaltar la relación de intimidad perfecta entre el Padre y el Hijo, en cuanto a la profunda relación entre Dios y Jesús presentada por Él mismo, en el texto de san Mateo 11, 27. En este texto se pone de manifiesto que solo el Padre comprende por completo al Hijo con un conocimiento amoroso y además que solo Jesús, visible como hombre en ese momento, es igual al Padre que le conoce plena y totalmente. Son Palabras reveladas por el Hijo de Dios, que permiten dirigir la mirada a las profundidades del misterio de Dios de una manera excepcional.

La misión del Hijo es revelar, dar a conocer, el Reino de Dios, pues solo a Él el Padre le ha encomendado esta obra y puede comunicarla a quien desee, resaltando el hecho que sigue siendo siempre la Palabra y la obra del Padre. Lo que Jesús dice de Dios e incluso de sí mismo, es como un obsequio que viene al hombre de las profundidades de Dios.

En relación a Juan 1, 18, Jesús afirma la invisibilidad plena de Dios, mostrándose a sí mismo como aquel que ha podido revelar al Padre porque solo Él como Hijo, ha vivido siempre en el *“seno del Padre”* que es la imagen típica del amor y la intimidad perfecta: *“Quien viene de arriba está por encima de todos. El atestiguo lo que ha*



visto y oído” (Jn 3, 31).

Lo único que busca Jesús es escuchar al Padre para manifestar su rostro y su Palabra y por ello solo Él es la revelación personificada de Dios.

3. En Cristo culmina la revelación

Vale la pena tomar las palabras de la Constitución Dogmática *Dei Verbum* (nº4), sobre la revelación divina, promulgada en el Concilio Vaticano II, que sintetizan magistralmente el itinerario de la revelación de Dios a la humanidad: después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los Profetas, *“últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo”* (Hb 1, 1-2). Pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo Eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios; Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, *“hombre enviado, a los hombres”, “habla palabras de Dios”* y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió.

Por tanto, Jesucristo -es ver al Padre- con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio divino que vive en Dios con nosotros para librarnos de las ti-

nieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna.

La economía cristiana, por tanto, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará, y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Tim 6, 14; Tit 2, 13).

Lo que Dios tenía para decir a la humanidad, ya lo ha dicho a través de su Hijo, quien goza de una primacía sobre todas las cosas. Fue beneplácito de Dios, en su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y hacer conocer el misterio de su voluntad (Cf. Ef 1,9) y por Cristo su Hijo, en el Espíritu Santo, tenemos acceso al Padre y participamos de la naturaleza divina. En Jesús su Hijo, nos habló como a amigos (Jn 15, 14-15) y trata con nosotros para invitarnos a la comunión con Él y recibirnos en ella. Solo Cristo es a la vez mediador y plenitud de la revelación.

“Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en Cristo... dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en Él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza” (Ef 1, 3. 9-10).



FRENOS HUGO

SERVICIO DE TALLER REVISIÓN Y MANTENIMIENTO DE FRENSOS Y SUSPENSIÓN AUTOMOTRIZ

RECTIFICACIÓN DE DISCOS Y CAMPANAS

TRABAJOS INDUSTRIALES AGRÍCOLAS Y MINEROS

REMAJACHADA DE BANDAS

Avenida 7 # 0-61-63 Frente al Terminal Cúcuta - Colombia

ALMACÉN TALLER

☎ 313-4561308 ☎ 313-7212062

☎ 310-6192454

✉ frenoshugo@hotmail.com 🌐 www.frenoshugo.com

Llamados a la conversión en Cristo

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

Continuando con esta serie de catequesis Cristológicas, habiendo iniciado el tiempo de la Cuaresma, es preciso ahondar en la reflexión sobre el llamado permanente a la conversión que Dios hace a sus hijos, para justamente afianzar esa dignidad recibida en el Bautismo, pero que el pecado entorpece frecuentemente.

“El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca, conviértanse y crean en el Evangelio” (Mc 1, 15).

Es justamente ese llamado a la conversión, la primera proclamación que realiza Jesús, una vez que ha sido Bautizado por Juan en el Jordán y la voz del Padre le ha mostrado como el *“Hijo querido, el predilecto”* (Mc 1, 11).

1. Llamados a la Conversión



Si el Bautismo otorga un estado de pureza total, que se simboliza en la vestidura blanca recibida ¿por qué una llamada a la conversión por parte de Jesús como parte esencial del anuncio del Reino?

El Bautismo -cuyo nombre deriva del acto de “sumergir” o “introducir” dentro del agua, como signo de la participación del bautizado en la muerte de Cristo para resucitar con Él (Rm 6, 3-4) como nueva criatura- realiza un nacimiento del agua y del Espíritu, sin el cual nadie puede entrar en el Reino de Dios (CIC 1214).

Sin embargo los pecados personales en la vida del creyente,

empañan esa vestidura blanca bautismal. Hay que tener en cuenta que la vida nueva recibida, no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado y se hace necesario, como un reto permanente, salvaguardar esa dignidad recibida y mantener el estado de pureza concedida desde el inicio de la vida en Cristo.

Justamente porque la voluntad de Dios es que “todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad” (1 Tm 2, 4) la vocación última del hombre y de la mujer, es una sola: la divina, es decir estar y permanecer en Dios, haciendo de Él su opción preferencial.

2. La conversión en Cristo

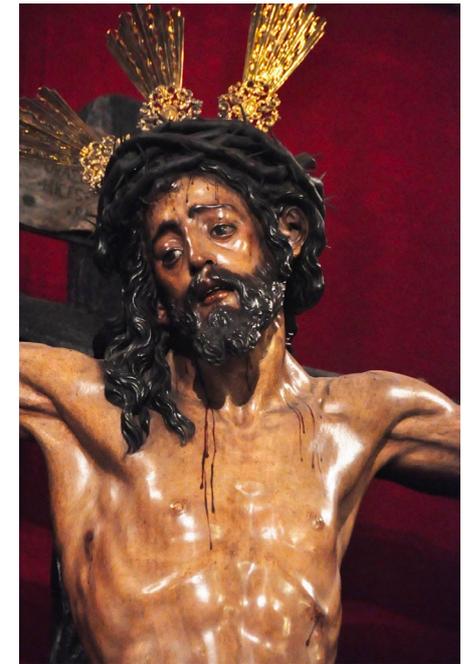
El pecado es algo que no cabe, en quien se ha revestido de Cristo. De ahí la llamada incesante a la conversión, que Cristo sigue haciendo resonar a través de la voz de su Iglesia, depositaria del tesoro de la Revelación divina.

La Iglesia santa y al mismo tiempo necesitada de purificación constante, porque esta constituida por pecadores, busca sin cesar la penitencia y la renovación de sus miembros, instruyéndoles con la enseñanza de la Palabra que anuncia y administrándoles los sacramentos, como medios eficaces que comunican la gracia, capacitando de esta manera a sus hijos, para vivir ese proceso de conversión y santificación.

Dicha conversión consiste, en un movimiento del corazón contrito del pecador, que atraído y movido por la gracia santificante, responde al amor misericordioso de Dios que nos ha amado primero (CIC 1428).

Se habla de conversión en Cristo, porque al ser Cristo el mediador entre Dios y los hombres, es el mediador de la salvación, por el precio de su sangre derramada en el madero de la Cruz. Es Cristo quien nos ha reconciliado con el Padre, pagando la deuda de los pecados de la humanidad. Es Cristo el modelo de santidad, al que se ha de aspirar alcanzar “hasta llegar al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud en Cristo” (Ef 4,13).

Al respecto, es sumamente iluminadora la enseñanza que nos proporciona el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1432) sobre la dinámica de la conversión en el creyente: la conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a Él nuestros corazones:



“Conviértenos, Señor, y nos convertiremos” (Lm 5, 21). Dios es quien nos da la fuerza para comenzar de nuevo. Al descubrir la grandeza del amor de Dios, nuestro corazón se estremece ante: el horror, el peso del pecado, comienza a temer ofender a Dios por el pecado y verse separado de Él. El corazón humano se convierte mirando al que nuestros pecados traspasaron (cf Jn 19, 37).

De esta manera es comprensible la exhortación dramática del Apóstol san Pablo, cuando dirigiéndose a la comunidad cristiana de Corinto, les suplica: “En nombre de Cristo, les rogamos: ¡déjense reconciliar con Dios! Pues a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que por su medio, fuéramos inocentes ante Dios” (2 Cor 5, 20-21).

Siendo capaces de reconocer las debilidades propias y empeñados en la conversión sincera de vida “no seremos niños, juguete de las olas, arrastrados por el viento de cualquier doctrina, por el engaño de la astucia humana y por los trucos del error. Por el contrario, viviendo en la verdad y el amor, crezcamos hasta alcanzar del todo al que es la cabeza, a Cristo” (Ef 4, 14-15).

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

Una buena parte de la acción de Jesús en su vida pública, la ocupan los milagros que aparecen estrechamente unidos a su predicación del Reinado de Dios y que son testimoniados por los Evangelios. De hecho, sin las narraciones de los milagros, los evangelios quedarían ampliamente reducidos a unos pocos capítulos.

1. Significado de los milagros de Jesús en los evangelios

Esencialmente se puede decir que son manifestación de la llegada del Reino de Dios al mundo, que es la idea principal que plantea el Evangelio de san Marcos. Por su parte en san Mateo, los milagros equivalen al cumplimiento de las promesas de Dios; y en san Lucas, corresponden a la manifestación de la misericordia de Dios para con los afligidos y los que sufren. En el Evangelio de san Juan, los milagros declaran su comunión con el Padre y revelan la gloria de Jesús.

Todos los milagros en el testimonio de los evangelios, están unidos a Jesús y, de hecho, es Jesús mismo el gran milagro: *“Una generación malvada y adúltera reclama una señal, y no se le concederá más señal que la señal del profeta Jonás. Como estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en las entrañas de la tierra, tres días y tres noches”* (Mt 12, 39 - 40).

2. Relación entre Reino de Dios y milagros

Si se acercan de manera detenida al relato de los evangelios, encontrarán que Jesús nunca define el término “Reino de los cielos”, simplemente lo manifiesta con su predicación, sus milagros y su cercanía especialmente a los más desfavorecidos.

Los milagros son la expresión in-

Milagros de Jesús: signos del Reino de Dios



negable de la llegada del Reino de Dios, y son revelación del poderío de Dios, que es Jesús el más fuerte entre los hombres, que hasta tiene subyugado al mundo: *“Si yo arrojo a los demonios por el espíritu de Dios es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios”* (Mt 12, 28).

Reino y milagros son inseparables.

Ese Reino es Jesús y se expresa elocuentemente en sus milagros realizados, que revelan el ser mismo de Dios y su amor por la humanidad. Los milagros muestran la actuación de Dios en favor de su pueblo, son el acontecer de Dios, que, en Jesús como su mensajero, se cumplen eficazmente las palabras y promesas ya anunciadas por los profetas.

3. Los milagros: manifestación de la identidad de Jesús

Hay que tener presente que las narraciones contenidas en los evangelios, especialmente los milagros, son posteriores a la muerte y resurrección de Jesús. A la luz de ese acontecimiento pascual, los milagros se interpretan por los autores sagrados, como anticipación del poderío y la potencia con que Dios actuó definitivamente en la Resurrección y que acreditan la identidad de Jesús: *“Jesús nazareno, varón acreditado por Dios entre ustedes con milagros, prodigios y signos que Dios hizo por su medio entre ustedes”* (Hch 2, 22). Los

milagros atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado: *“Vayan y cuenten a Juan, lo que oyeron y vieron: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, la buena noticia se anuncia a los pobres y bienaventurado aquel que no se escandalice de mí”* (Mt 11, 4-6).

4. ¿En qué consisten los milagros de Jesús?

La actividad de Jesús, durante su vida pública, se centra específicamente en dos actividades: hacer y enseñar. El Evangelio de Mateo en dos momentos diferentes, relata que Jesús *“recorría toda Galilea enseñando en las Sinagogas, predicando el Reino de Dios y curando en el pueblo toda enfermedad y toda dolencia”* (Mt 4,2 3 y 9, 35).

Esencialmente los evangelios enumeran dos tipos de milagros: curar enfermedades y arrojar demonios: *“Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana y al tercer día soy consumado”* (Lc 13,32). Enfermedad y opresión del maligno, vienen a ser las expresiones supremas de la pérdida de la libertad y de la dignidad del hombre. Al ser liberados o curados por Jesús, se les devuelve la alegría de la soberanía de la propia persona y recuperan la dignidad de hijos de Dios.

5. Finalidad de los milagros

El Catecismo de la Iglesia Católica (CIC), recoge una síntesis magistral sobre el porqué de los milagros, al enseñar que:

“Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquel que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. Lc 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas” (CIC n° 548-549).

En síntesis, se puede señalar que los milagros son:

- **Obra de Dios:** solo Dios es su autor, quien les otorga un sentido específico y hacia Él orientan.
- **Realización de Cristo:** es Cristo el mediador de la acción divina y realizador de esta acción.
- **Signos para el hombre:** su objetivo es llamarle, invitarlo, introducirlo en un diálogo con Dios. Le abre a la realidad divina y al encuentro con Dios.
- **Anticipación del destino escatológico de la humanidad:** son destellos de lo que será la vida del hombre cuando Dios sea todo en Él plenamente redimido.

Para que todo lo anterior sea posible, es imprescindible la fe. Milagros y fe se exigen recíprocamente: donde hay signos para creer, nace la fe; y donde hay fe, se pueden experimentar los signos y el acontecer de Dios.

Jesucristo, el siervo sufriente por amor

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

Seis siglos antes de Cristo, el profeta Isaías, anunciaba los padecimientos y glorificación del Mesías Salvador, en cuatro cánticos en que, con agudo realismo, el profeta contempla la Pasión del Señor, con una expresión más profunda y conmovedora que las que nos ofrecen los mismos Evangelistas: “No tenía apariencia, ni presencia y no tenía aspecto que pudiéramos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable y no le tuvimos en cuenta” (Is 53, 2-3).

En estos cuatro cánticos (Is. 42, 1-7; 49, 1-9; 50, 4-11; 52, 13-53, 12), se lee la pasión de Jesús y se ve, la profundidad del sufrimiento de Jesús.

1. ¿Qué significa la expresión “Siervo sufriente”?

La palabra “siervo” en el A.T. alude al discípulo aventajado de Yahvé, que hace resonar la voz del Santo de Israel, en medio del pueblo pecador. “**Sufriente**” porque con su dolor concientiza al pueblo de su pecado, para que pueda ser liberado.

Jesús, consciente de la transcendencia de esta expresión, anunciada por Isaías, se cataloga a sí mismo, como el “*Servidor*” que por amor ofrenda su vida: “*El Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*” (Mt 21, 28). Es el siervo por excelencia, en una obediencia perfecta a la voluntad del Padre: “*Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió*” (Jn 4, 34) y que magistralmente expresa en su oración en el huerto de Getsemaní: “*Padre, si es posible, que se aparte de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya*” (Mt 26, 39).

Indudablemente, el momento más sublime del servicio de Jesús, está en la Cruz. En ella, se contempla al Siervo que sufre, que “*llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos en su cuerpo, para que muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus cicatrices nos sanaron*” (1 Pe 2, 24). Su motivación además de la obediencia al Padre, un derroche de amor: “*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*” (Jn 15, 13).

2. Jesús el Siervo, modelo de nuestro servicio

Uno de los episodios más gráficos sobre el servicio de Jesús, que encontramos en los evangelios, nos lo presenta san Juan: “*Se levanta de la mesa, se quita el manto y tomando una toalla, se la ató a la cintura. Después echa agua en un recipiente y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura*” (Jn 13, 4-5).

Es toda una catequesis que ofrece a sus discípulos, indicándoles la importancia de lavarse los pies (servicio) unos a otros (Jn 13, 14-15) en donde el fundamento de este servicio, es justamente el amor. De ahí que acto seguido al lavatorio, Jesús da a sus discípulos, el mandamiento del amor “*ámense unos a otros como yo los he amado*” (Jn 13, 34).

Jesús exhorta a sus discípulos en la última cena, contra la ambición, encomendándoles su Reino: “*Ustedes no sean así: el más importante entre ustedes, compórtense como si fuera el último y el que manda como el que sirve. ¿Quién es mayor? ¿El que está a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está a la mesa? Pero yo estoy en medio de ustedes como el que sirve*” (Lc 22, 26-27).

Esta misma idea la encontramos desarrollada por el Apóstol Pablo, que aludiendo a esta imagen de Jesús como servidor plantea: “*No hagan nada por ambición o vanagloria...nadie busque su interés*

sino el de los demás. Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús, quien, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios; sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana, se humilló, se hizo obediente hasta la muerte y una muerte en Cruz” (Flp 2, 3-8).

3. ¿Sufrir tiene sentido?

De la máxima expresión del mal, que es la Cruz, el Señor por medio de su sufrimiento amoroso, creó y sacó el mayor bien, que es la Redención, la Vida Eterna y la Resurrección. El sufrimiento de Jesús no es el sufrir por sufrir, sino es un sufrimiento redentor, por amor: Dios no abandona al género humano a su libre perdición, consecuencia de su desobediencia, sino que en su Hijo hemos sido todos restaurados, por la sangre derramada del cordero de Dios.

Sin embargo, nadie puede decir: “*Cristo murió por mí; por tanto, ya estoy salvado. No debo preocuparme, ni es preciso que yo aporte nada más, porque su Pasión me ha logrado el perdón de todas mis culpas y la entrada en el Paraíso*”. Si así fuera, habría que afirmar, acto seguido, que todo hombre está salvado, y que nadie se condenará,

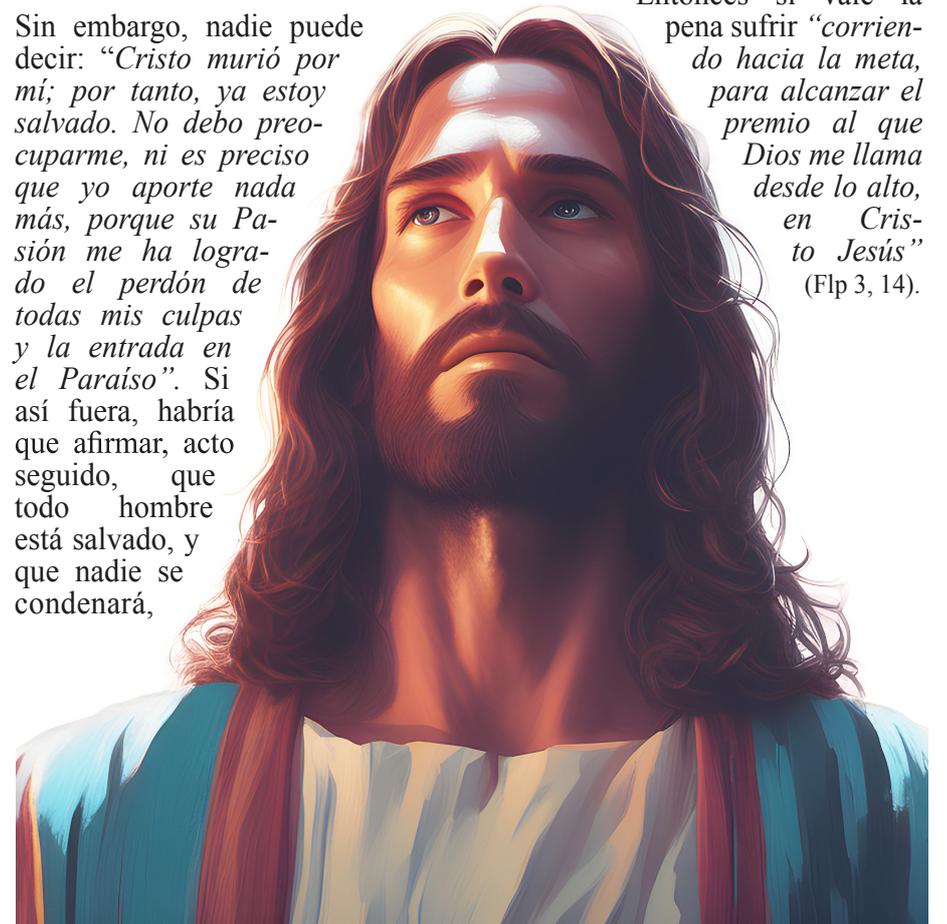
puesto que Cristo murió por todos.

Para gozar de los efectos plenos de la salvación, es preciso la conversión y la fe, que representa la ruptura con el pecado, violentarse a sí mismo y asociarse a esa oferta de la salvación: “*Como Cristo padeció en su cuerpo, ámense ustedes con la misma actitud: quien ha sufrido en la carne ha roto con el pecado y lo que le queda de vida corporal, ya no sigue los deseos humanos, sino la voluntad de Dios*” (1 Pe 4,1-2).

Esa voluntad de Dios es recorrer el difícil pero no imposible camino de la santidad: “*como el que los llamó es Santo, sean ustedes también santos en toda su conducta*” (1 Pe 1, 15).

La invitación de Jesús es indiscutible: “*Si alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame*” (Mt 16, 24). Tomar la cruz para alcanzar la vida, es una tarea desafiante e implica sufrimiento, pues consiste en “*entrar por la entrada estrecha...porque ¡que estrecha es la entrada y que angosto el camino que lleva a la Vida!*” (Mt 7, 14).

Entonces si vale la pena sufrir “*corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto, en Cristo Jesús*” (Flp 3, 14).



Jesús Eucaristía: Pan de vida eterna

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“**E**l pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo” (Jn 6, 33).

Estando a las puertas de la solemnidad del “Corpus Christi” abordamos la imagen de Jesús como el Pan de vida, que de manera esplendorosa se nos muestra y se nos da en la Eucaristía, sacramento que comunica vida eterna.

1. “Yo soy el pan de la vida”

El capítulo 6 del Evangelio de san Juan, relata el milagro de la multiplicación de los panes que realiza Jesús, alimentando a cinco mil hombres más las mujeres y niños, a partir de cinco panes y dos peces que un joven presenta. Ante la multitud, Jesús expresa claramente: «*Es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo*» (Jn 6, 32-33).

Para interpretar esta imagen del “Pan de vida” S.S. Benedicto XVI en su Libro “Jesús de Nazareth” nos presenta una asimilación progresiva del don que Dios nos ha hecho en su Hijo, partiendo del valor de la Ley dada por Dios a su pueblo a través de Moisés y que ahora en Jesús, esa Ley se ha hecho persona y al encontrarnos con la persona de Jesús, nos alimentamos del Dios vivo y comemos realmente el Pan del cielo (p. 316).

De hecho, Dios se hace “pan” para nosotros en la encarnación de esa Palabra de vida que es Jesús y llega a identificarse él mismo, la propia carne y la propia sangre, con ese pan: «*Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo*» (Jn 6, 51). Jesús se manifiesta, así como el Pan de vida, que el Padre eterno da a los hombres. (Sacramentum Caritatis 7).



“El Sacramento memorial de su pasión, nos asegura que el culmen de nuestra vida está en la participación en la vida trinitaria”.

2. Jesús Pan de vida y la Eucaristía

La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y esta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual (CIC n° 1364) de manera que el sacrificio consumado por Jesús en la cruz y el sacrificio de la Eucaristía, son un único sacrificio, pues la víctima es una y la misma: Cristo, que se perpetúa a lo largo de los siglos, como Él mismo lo ordenó en la última cena: “*hagan esto en memoria mía*” (Lc 22, 19).

En la Eucaristía, Jesús no da “algo”, sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre, como el verdadero maná que la humanidad espera, el verdadero “*pan del cielo*”. En la Eucaristía, están “*contenidos verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero*” (Concilio de Trento, DS 1651). En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual, nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento, y de esta manera Dios Uno y Trino se une plenamente a nuestra humanidad

(comunión).

Esa presencia sacramental, es la que se sigue haciendo manifestando cada día en la Iglesia, a través del ministerio que ejercen sus sacerdotes. Solo el sacerdote válidamente ordenado con el sacramento del Orden Sacerdotal y en comunión eclesial con el Papa, está capacitado para que, en persona de Jesús, presida el rito de la Eucaristía y obre el milagro de la transubstanciación (convertir el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo Jesús).

3. Jesús Pan de vida eterna, seguridad de la gloria futura

El hombre ha sido creado para la felicidad eterna y verdadera, que sólo el amor de Dios puede dar. Pero nuestra libertad herida se perdería si no fuera posible experimentar, ya desde ahora, algo del cumplimiento futuro. Aun siendo todavía como «extranjeros y forasteros» (1 P 2,11) en este mundo, participamos ya por la fe, de la plenitud de la vida resucitada, de manera concreta en la celebración Eucarística, en la que el mismo Cristo, vencedor del pecado y de la muerte, se nos presenta como meta última a alcanzar.

Vivir la Eucaristía en una apertura sincera del corazón elevado a Dios, significa vivir una experiencia anticipada del cielo. Esto porque primeramente la Iglesia terrena se une a

la Iglesia celestial en un único acto de adoración y alabanza a Dios y segundo, porque en la Eucaristía, Jesús se hace para nosotros alimento que comunica la vida divina e inserta en la vida divina, de modo que la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo se manifiesta como semilla de vida eterna y potencia de resurrección: «*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día*» (Jn 6, 54).

El don de sí mismo que Jesús hace en el Sacramento memorial de su pasión, nos asegura que el culmen de nuestra vida está en la participación en la vida trinitaria, que en él se nos ofrece de manera definitiva y eficaz (SC, 94).

La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos la Eucaristía expectantes, mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo pidiendo entrar “[*en tu Reino*], donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como Tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro” (Plegaria Eucarística III).

Jesucristo: Sumo y Eterno Sacerdote

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“**T**enemos un Sumo Sacerdote tal, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, al servicio del santuario y de la Tienda verdadera, erigida por el Señor; no por un hombre” (Hb 8, 1-2).

Abordamos una nueva catequesis, para centrar la atención en el Sacerdocios de Cristo que “permanece para siempre” (Hb 7, 24) y que tiene una relevancia superior a cualquier otra forma de sacerdocio conocida, dado que en sí mismo es sacerdote, víctima y altar.

1. Prefiguraciones del Sacerdocios de Jesús

En el Antiguo Testamento, nos encontramos que Dios se escogió un pueblo de entre todas las naciones de la tierra y a su vez lo constituyó como: “Un reino de sacerdotes y una nación consagrada” (Ex 19, 6) pero dentro de ese pueblo se eligió a la tribu de Leví, como estirpe sacerdotal para el servicio litúrgico. Es relevante en el Antiguo Testamento, además de Aarón y la tribu de Leví, la figura sacerdotal de Melquisedec “Sacerdote del altísimo” (Gn 14, 18).

Todas estas prefiguraciones del A.T., alcanzan su cumplimiento en Cristo Jesús que en su ser Hijo, desde toda la eternidad, está ante el Padre en actitud de sumisión amorosa a su voluntad y en cumplimiento de esa voluntad, se hace hombre ofrendado como sacrificio puro y santo para alcanzarnos la salvación. Como sacerdote, su encargo es santificar y conducir a Dios a una humanidad pecadora y extraviada.

2. ¿Por qué se habla del único sacerdocio de Cristo?

El Sacerdocios de Cristo como envia-

do del Padre, es totalmente diferente al sacerdocio hasta entonces conocido, dado que no ofrece sacrificios ni holocaustos por sus propios pecados, pues en Él no hay pecado, sino que es sacerdote: “Santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos” (Hb 7, 26). En este orden de ideas, se puede afirmar que:

a. Jesús reemplaza el lugar del culto y realiza la redención por su sangre, de una vez y para siempre “entregándose a sí mismo como rescate por todos” (1 Tm 2, 6). Se ofrece como sacrificio agradable al Padre en el madero de la cruz, para el perdón de los pecados de la humanidad.

b. Gracias a la eficacia irreversible de su muerte, se transformó en el mediador de una alianza con validez total y eterna (Cf. Hb 9, 15-23) y se convirtió en la tienda más perfecta adaptada al verdadero santuario de la presencia de Dios.

c. Jesús tiene ahora un sacerdocio celestial que es superior a cualquier sacerdocio en la tierra, pues exaltado a la gloria del Padre y constituido “Sumo y Eterno Sacerdote” estableció realmente una comunicación perfecta y definitiva entre el hombre y Dios, abriendo el acceso al santuario celestial.

“En su designio de salvación, determinó el Señor perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio”.

La repetición de los sacrificios estipulados en la ley, ponen de manifiesto que no pueden perdonar los pecados. En cambio, el sacrificio de Jesús que fue uno y para siempre, nos ha conseguido ya

la salvación como lo evidencia la carta a los Hebreos: “Mediante un solo sacrificio, llevó a perfección definitiva a los consagrados” (Hb 10, 14).

3. Sacerdote eterno “único mediador entre Dios y los hombres”

“Hay un solo Dios y también un solo mediador entre Dios y los hombres,

Cristo Jesús, hombre también que se entregó a sí mismo como rescate por todos” (1 Tm 2, 5). Solo el Hijo de Dios hecho hombre por quien “fueron creadas todas las cosas” (Col 1, 16) y en quien se recapitulan todas las cosas, podía ser ese mediador incomparable, que al encarnarse asume una humanidad decaída y arrastrada por el pecado, y que ahora resucitado y exaltado a la derecha del Padre, le abre el acceso inmediato a Dios, gracias al don del Espíritu Santo.

Además de Mediador, es ante todo Sacerdote eterno en el cielo, pues su sacerdocio no acabó en el madero de la cruz, sino que luego de su resurrección, continúa su obra de mediación y de propiciación ante el Padre, abarcando todos los tiempos y cuyo destino es la plena consumación de la humanidad de manera que “Dios sea todo en todo” (1 Cor 15, 28).

4. El sacerdocio de Cristo y el sacerdocio en la Iglesia

El único sacerdocio de Cristo, se hace presente por el sacerdocio ministerial, sin que con ello se quebrante la unicidad del sacerdocio de Cristo, dado que como lo expone Santo Tomás de Aquino: “Solo Cristo es el verdadero sacerdote y los demás son ministros suyos” (CIC n° 1545).

En su designio de salvación, determinó el Señor perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio, entendiendo el Sacramento del orden sacerdotal como participación del único sacerdocio de Jesús. Como se encuentra plasmado en el prefacio de la misa de esta fiesta, en el misal romano: “Elige hombres de su pueblo

para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, preparan a tus hijos el banquete pascual, presiden a tu pueblo santo en el amor; lo alimentan con tu Palabra y lo fortalecen con tus sacramentos”.

Pero también es su designio, confiar al pueblo de Dios por el Bautismo, el sacerdocio común, en que están llamados a “ofrecer sus cuerpos como hostia viva, santa y agradable a Dios: tal será su culto espiritual” (Rm 12, 1-2). De esta manera “teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura” (Hb 10, 21-22).



El Sagrado Corazón de Jesús

“Manifestación del amor de Dios”

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“**D**ios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16).

En este versículo se sintetiza toda una gran verdad revelada por designio amoroso de Dios, que viene a ser el epicentro de nuestra fe en Él y que se nos revela esencialmente como amor. próximos a la celebración de la fiesta del Sagrado Corazón, abordamos esta nueva catequesis, para reflexionar en el misterio del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús.

1. El simbolismo del Corazón de Jesús

Generalmente la imagen del corazón, se ha asociado al amor y a nuestra vida moral y emocional. El catecismo de la Iglesia Católica, señala que “la tradición espiritual de la Iglesia presenta el corazón en su sentido bíblico de “lo más profundo del ser” “en sus corazones” (Jr 31, 33), donde la persona se decide o no por Dios (n. 368).

Al contemplar la imagen del corazón de Jesús hemos de pensar en el amor de Dios. Más que detenerse en la anatomía de ese órgano allí visible, se ha de apreciar con sentido de adoración y recogimiento, la representación viva del amor de Dios por la humanidad, manifestado en Cristo Jesús, pues: “Solo el corazón de Cristo, que conoce las profundidades del amor de su Padre, pudo revelarnos el abismo de su misericordia de una manera tan llena de simplicidad y de belleza” (CIC n. 1439). Un amor, que con frecuencia no es correspondido y de ahí que se muestra abierto y ensangrentado, herido por una corona de espinas, para remontarnos a su pasión y al suplicio de la Cruz, donde se consumó la expresión más sublime del amor de Cristo Jesús por la humanidad.

Refiriéndose al Sagrado Corazón de Jesús, el Papa Benedicto XVI afirmó que “al ver el corazón del Señor, debemos de mirar el costado traspasado por la lanza, donde resplandece la inagotable voluntad de salvación por parte de Dios. No puede considerarse culto pasajero o de devoción: la adoración del amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del ‘corazón traspasado’ su expresión histórico-devocional, la cual sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios”.

2. El corazón eucarístico de Jesús

La imagen del Sagrado Corazón de Jesús nos recuerda el núcleo central de nuestra fe: todo lo que Dios nos ama con su Corazón y todo lo que nosotros, por tanto, le debemos amar. De manera especial, la Eucaristía que es “centro y culmen de la vida cristiana” es el espacio más genuino de contemplación y adoración del corazón de Jesús, que en su inconmensurable amor, se hace a diario víctima y alimento en el altar, para santificación y salvación de cuantos acuden a Él con fe. Es como lo afirmó el Papa León XIII: “un acto de amor supremo con el que nuestro Redentor, derramando todas las riquezas de su corazón instituyó el adorable sacramento de la Eucaristía, a fin de permanecer con nosotros hasta el fin de los siglos, y ciertamente que no es una mínima parte de su corazón”.

Tanto la Eucaristía como el sacerdocio, son dones del Sagrado Corazón de Jesús, de forma que el culto rendido al corazón eucarístico de Jesús, incluye el amor sacrificial con el que Cristo, Cordero de Dios, se inmola perpetuamente por la humanidad pecadora en todas las misas de la historia; amor actual que actualiza, renovando la ofrenda de su vida en el Calvario. Este mismo amor es el que adoramos en el corazón eucarístico del Cordero triunfante y constantemente inmolado.



3. Amor revelado y amor mandado

“Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su propio Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). De hecho, como lo expresa la Escritura “El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2, 20) para mostrarnos que en verdad Dios nos ha amado a todos, con un corazón humano. Por esta razón, el Sagrado Corazón de Jesús, traspasado por nuestros pecados y para nuestra salvación “es considerado como el principal indicador y símbolo [...] de aquel amor con que el divino Redentor ama continuamente al eterno Padre y a todos los hombres” (CIC n° 478).

Hay una realidad que no podemos desconocer y es que nuestras rebeldías y desobediencias, desdibujan el amor plasmado en nuestros corazones y que de hecho contribuyen al suplicio incesante del Señor que por amor, se sigue ofreciendo al Padre por nuestra salvación, en el sacrificio de la Eucaristía.

Dios nos ha amado primero y ese amor revelado pide ahora ser correspondido y es que “El mandamiento del amor es posible, solo porque no es una mera exigencia: el amor puede

ser mandado porque antes es dado” (Deus caritas est 14). Nuestra tarea es el amor, amor al prójimo, que no puede reducirse solo a un mandamiento, sino que ha de ser una respuesta nuestra al don del amor (Dios) que viene siempre a nuestro encuentro. Al respecto es bastante iluminador lo que se nos dice en la carta del Apóstol Juan: “El amor consiste en proceder según sus mandamientos, y el mandamiento que ustedes han aprendido desde el principio es que vivan en el amor” (2 Jn 1, 6).

El Papa Benedicto XVI, en su exhortación apostólica Dios es amor, nos ilumina en esta línea, cuando afirma: “Solo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Solo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama” (n. 18).

Como creyentes, hemos de corresponder a ese amor de Dios en obediencia y rectitud de vida conforme a su santísima voluntad, puesto que “Si Dios nos ha amado tanto, debemos también nosotros, amarnos unos a otros. A Dios nunca lo ha visto nadie; si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros” (1 Jn 4, 11-12).

Jesucristo: Camino, Verdad y Vida

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“**L**e dice Jesús: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6).

Continuando con este estudio en torno a la persona de Jesús, el Cristo, vale la pena adentrarse en tres auto designaciones, que sobre sí mismo ha realizado y que está relatado en el Evangelio de san Juan. En realidad hay que ver estos tres títulos empleados por Jesús, como una sola realidad progresiva para el creyente, llamado a seguirle, cuya meta a alcanzar, es la consecución de la vida eterna.

1. Jesús es el Camino

En la vida del creyente, conocer a Jesús, profundizar sobre su identidad y su mensaje, debe ser el empeño más apremiante y la aspiración principal que se tenga, porque es lo que confiere sentido a la propia identidad cristiana recibida en el Bautismo. Esto porque Jesús, aparece como modelo de hombre perfecto y testimonio sublime del amor Dios, que invita a seguirlo, teniendo presente que solo Él es el auténtico camino a recorrer: un angosto y estrecho “camino que lleva a la vida” (Mt 7, 14).

Ahora bien, Jesús es el camino porque “toda la vida de Cristo es revelación del Padre: sus palabras y obras; silencios y sufrimientos; su manera de ser y de hablar” (CIC 516). Es Jesús un ejemplo de abajamiento (Flp 2, 7), de obediencia (Jn 4, 34), de oración (Lc 11, 1) y en ese sentido la imagen de Jesús como camino se refiere a la invitación explícita de seguirle: “Quien quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, cargue con su Cruz y me siga” (Mt 16, 24).

Esto es posible porque solo Jesús puede decir: “Quien me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14, 9), y el Padre lo confirma afirmando: “Este es mi Hijo amado; escuchadle” (Lc 9, 35). El camino al Padre es dejarse guiar por Jesús, por su Palabra de verdad, y acoger el don de



su Vida.

2. Jesús es la Verdad

Existe una verdad fundamental y se trata de una persona: Cristo, la Palabra de Dios que “se hizo carne” (Jn 1, 14) y quien se reconoce a sí mismo, Palabra del Padre que se comunica, pues afirma: “Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado, me ha mandado lo que tengo que decir y hablar” (Jn 12, 49).

Por consiguiente, Jesús es la verdad y eso lo confirma en su silencio ante Pilato que le interroga: “¿Qué es la verdad?” (Jn 18, 38). La verdad no es entonces un concepto abstracto, sino el encuentro con una persona: Jesús.

Quien capacita para ese encuentro con la verdad y poder permanecer en la verdad, nos viene también de Dios: “El

Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que les he dicho” (Jn 14, 26). Al igual que sucede con Jesús, el Espíritu Santo, “no hablará por su cuenta, sino que hablará de lo

“En la vida del creyente, conocer a Jesús, profundizar sobre su identidad y su mensaje, debe ser el empeño más apremiante y la aspiración principal que se tenga”.

que oiga y les anunciará lo que ha de venir” (Jn 16, 13). Su misión para con el creyente, como Espíritu de la verdad, es “guiar hasta la verdad completa”.

De hecho, San Pablo afirma: “Nadie puede decir; ¡Jesús es Señor! sino con el Espíritu Santo” (1 Cor 12, 3). El Espíritu Santo es la ayuda que viene de

lo alto, que capacita y sostiene en ese conocimiento de la plenitud de la verdad, que es Jesús.

3. Jesús es la Vida

Las Palabras de Jesús son la verdad, pero también afirma que: “Son espíritu y son vida” (Jn 6, 63) pues tienen au-

toridad y eficacia para realizar lo que comunican. Él en sí mismo se presenta como aquel que puede dar la vida: “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Jn 11, 25). “El que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). Jesús en sí mismo, es la vida en plenitud para el creyente.

En el Evangelio de san Juan, Jesús anuncia a sus discípulos: “En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, se los habría dicho, porque voy a prepararles un lugar, y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y los tomaré conmigo, para que donde Yo esté, estén también ustedes” (Jn 14, 2-3). Se trata del retorno que Jesús ofrece a quienes, mediante la fe y la obediencia, pueden regresar al Paraíso, del que un día el hombre y la mujer se vieron excluidos, por la desobediencia y la autosuficiencia.

La única condición que se exige es, tener fe: “Para que todo el que crea, tenga por Él vida eterna” (Jn 3, 15), “Todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (Jn 11, 26). Se trata de ser capaces de vivir una vida al estilo de Jesús: siempre orientada al Padre y en obediencia al Padre, procurando ser uno con él.

La exhortación es muy puntual en la Escritura Sagrada: “Aspiren a los bienes de allá arriba, no a los de la tierra” (Col 3, 3), “Amontonen mas bien tesoros en el cielo” (Mt 6, 20) pues “Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como salvador al Señor Jesucristo” (Flp 3, 20).

Como conclusión a esta catequesis, vale la pena citar el comentario de san Agustín, sobre este texto de san Juan, en que enseña: “Es como si Jesús le dijera a Tomás: ¿por dónde quieres ir? Yo soy el Camino. ¿adónde quieres ir? Yo soy la Verdad. ¿dónde quieres permanecer? Yo soy la Vida. Los sabios del mundo comprenden que Dios es vida eterna y verdad cognoscible; pero el Verbo de Dios, que es Verdad y Vida junto al Padre, se ha hecho Camino asumiendo la naturaleza humana” (Sermones 141-142).

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador... Yo soy la vid y ustedes los sarmientos” (Jn 15, 1.5).

El factor esencial que se resaltarán en esta catequesis es justamente el de la necesidad de la comunión con Dios y la permanencia en su amor manifestado en Cristo.

1. El símbolo de la vid en la Sagrada Escritura

En la Sagrada Escritura es abundante la alusión a este símbolo de la vid, para indicar la unión de Dios con su pueblo y el amor de predilección de Dios por ese pueblo elegido como pueblo de su propiedad. Textos de los profetas como Isaías 5, 1-7; Jeremías 2,21 y Ezequiel 15, 1-8 ponen de manifiesto la realidad del pueblo de Israel constituido como la viña del Señor, ricamente preparada y cultivada, pero que no ha sabido dar los frutos esperados por su rebeldía e infidelidad. La consecuencia es que Dios ha vuelto su rostro contra ellos y convertirá esa tierra en desolación (Cf. Ez 15,7-8).

2. La verdadera viña de Dios

El Papa Benedicto XVI en su mensaje del 6 de mayo de 2012 señala que “La verdadera viña de Dios, la verdadera vid, es Jesús, quien con su sacrificio de amor nos da la salvación y abre el camino para ser parte de esta viña”. El texto de San Juan 15 presenta la predicación de Jesús, tomando una imagen de la naturaleza, propia de la cultura agraria del pueblo de Israel, para describir magistralmente la relación de comunión de vida entre Jesús y sus discípulos.

Como lo indica San Juan pablo II en audiencia general del 25 de enero de 1995: “Como acontece en el caso de la vid y los sarmientos, también entre el Maestro y sus discípulos circula la misma savia vital y se transmite la misma vida divina, la vida eterna “que estaba en el Padre y se nos manifestó” (1 Jn 1, 2).



3. El Bautismo, vínculo sacramental de unidad

El hombre y la mujer, fueron creados para la comunión de vida y amor con su creador. A esa “unión común” ha sido invitado el hombre desde el momento que se sembró en su corazón la semilla de la fe en el Bautismo y que justamente ha de germinar, crecer y fructificar en la medida que sea capaz de establecer una permanencia (comunión) en Dios.

El bautismo incorpora a los bautizados a Cristo, quedando establecida plenamente una unión perfecta con Dios. El Concilio Vaticano II en este sentido enseña que: “Por el sacramento del bautismo, debidamente administrado según la institución del Señor y recibido con la requerida disposición del alma, el hombre se incorpora realmente a Cristo crucificado y glorioso y se regenera para el consorcio de la vida divina” (Unitatis redintegratio, 22).

Entre la Vid y los sarmientos circula la misma savia que les alimenta y mantiene vivos. Entre los creyentes que son los sarmientos y Cristo que es la Vid verdadera, circula la misma savia que es el amor, que genera un vínculo irrompible dado que se entra a tomar parte de la esencia misma de Dios que es el amor. El creyente introducido en Dios por el Bautismo, está llamado a ser un referente cada vez más perfecto de ese amor que le ha de identificar

como esencia de su nueva vida recibida. De ahí la insistencia de Jesús “permanezcan en mí como Yo en ustedes” (Jn 15, 4).

4. Llamados a dar fruto

Los sarmientos (ramas de la planta de uva) toman su alimento de la Vid (el tronco principal de la planta de uva) y solo podrán vivir y producir racimos de uvas si permanecen unidos a la vid de donde han brotado. Los discípulos están unidos al Señor y, gracias a esta unión existencial, pueden actuar espiritualmente y dar fruto: “Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí” (Jn 15, 4).

El bautizado unido a Cristo Jesús ha sido destinado a producir fruto y fruto en abundancia. Ese mismo no puede ser otro que el amor: “Que se amen los unos a los otros como Yo los he amado” y es esa la insistencia de Jesús en este capítulo 15 de San Juan (Cf. Jn 15, 12-13.17). El amor que Jesús pide es un amor sólido, que va hasta las últimas consecuencias y prueba de ello es su entrega en la cruz: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13).

Sin embargo, ese amor como fruto, primeramente, debe expresarse en un deseo y búsqueda sincera de conversión, entendiéndola como un “per-

manecer” en Jesús. Es tan importante este aspecto que en este breve pasaje bíblico se usa la palabra “permanecer” una docena de veces. La condición que se requiere es una sola: “Si guardan mis mandamientos, permanecen en mi amor, como Yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15, 10). La obediencia permitirá esa adhesión y permanencia a la vid verdadera que es Cristo.

5. La Iglesia, lugar visible de la comunión con Dios

La Iglesia es la comunidad de vida del creyente en relación a Cristo y de los creyentes entre sí, fundada esa comunión en el bautismo y perfeccionada cada día en la Eucaristía. Cuando Jesús afirma “Yo soy la vid y ustedes los sarmientos” (Jn 15, 1) en realidad está expresando. Yo soy ustedes y ustedes son una sola realidad conmigo que evidencia una genuina identificación del Señor con su Iglesia, hasta el punto de poder definir la Iglesia como “Cuerpo místico de Cristo” donde Cristo es su cabeza y la Iglesia es su cuerpo.

De esta manera podemos concluir que permanecer en Cristo, Vid verdadera, es permanecer también en la Iglesia, en quien todos los creyentes estamos unidos como un solo cuerpo, y en donde Cristo mismo es quien nos sostiene y a la vez nos sostenemos unos a otros, afianzados en “una sola fe, un solo bautismo y un solo Dios y Padre de todos, que esta sobre todos entre todos y en todos” (Ef 4, 5-6).

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“**E**l que beba del agua que Yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que Yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna” (Jn 4, 14).

El hombre en su día a día, es como un caminante, que atravesando el desierto de la vida, tiene sed de un agua viva, capaz de refrescar en profundidad su deseo de plenitud y de paz, que es su búsqueda permanente. Esta catequesis busca plantear cómo Jesús, es el dador de esta agua viva que vierte sobre quienes han sido constituidos como hijos de Dios, con el agua bautismal.

1. La alusión al agua en las Sagradas Escrituras

El signo del agua aparece frecuentemente mencionado en la Biblia: En el origen del mundo “*el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas*” (Gn 1, 2), el diluvio en que “*unos pocos... fueron salvados a través del agua*” (1 Pe 3, 20) el paso del pueblo de Israel por el mar rojo hacia su liberación (Ex 14, 21) el paso de Israel por el río Jordán hacia la tierra prometida (Jos 3, 15-16). Son imágenes bíblicas que desde antiguo, mostraban el valor del agua como signo de vida, purificación y liberación y que viene a ser prefiguración del Sacramento del Bautismo.

En el Nuevo Testamento, Jesús comienza su vida pública después de hacerse bautizar por Juan el Bautista en el Jordán (Mt 3, 13) y, después de su Resurrección, confiere esta misión a sus apóstoles: “*Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado*” (Mt 28, 19-20). Ya en la Iglesia naciente, como lo atestigua el libro de los Hechos de los Apóstoles, los recién convertidos por la predicación Apostólica, son bautizados en el nombre del Señor Jesús. Así el agua viene a manifestar que el Resucitado, ha abierto para todos, las fuentes del Bautismo que conducen a la eternidad.



2. El simbolismo del agua en los Sacramentos de la Iglesia

El signo del agua es especialmente representativo como materia del Sacramento del Bautismo, de manera que “*El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, ya que, después de la invocación del Espíritu Santo, esta se convierte en el signo sacramental eficaz del nuevo nacimiento: Del mismo modo que la gestación de nuestro primer nacimiento se hace en el agua, así el agua bautismal significa realmente que nuestro nacimiento a la vida divina se nos da en el Espíritu Santo*” (Catecismo de la Iglesia Católica 694).

Además del Bautismo también en la Eucaristía es especialmente representativo este signo del agua, en cuanto que: “*La sangre y el agua que brotaron del costado traspasado de Jesús crucificado (cf. Jn 19, 34) son figuras del Bautismo y de la Eucaristía, sacramentos de la vida nueva (cf. 1 Jn 5, 6-8): desde entonces, es posible “nacer del agua y del Espíritu” para entrar en el Reino de Dios*” (CIC 1225).

De esta manera, el Bautismo constituye el nacimiento a la vida nueva en Cristo y la Eucaristía se constituye en “centro y culmen de la vida del cristiano”.

3. ¿Qué es el agua viva?

En el Evangelio de san Juan, Jesús les hace a sus discípulos una promesa: “*Les digo la verdad: Les conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito; pero si me voy, se lo enviaré*” (Jn 16, 7). Cumplida esta promesa, “*El Espíritu es personalmente el Agua viva*” (CIC n° 694) y a partir de esa afirmación se entiende la invitación del Señor: “*Si alguno tiene sed, venga a mí y beba el que crea en mí*” (Jn 7, 37) y en seguida aclara el autor sagrado: “*Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en Él*” (v. 39).

El Espíritu Santo que procede del Padre, es el agua viva que Jesús vierte en nuestros corazones, como está consignado en la carta a los Romanos: “*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*” (Rm 5, 5).

4. Los efectos del agua viva en el creyente

San Pablo describe lo que produce en el creyente, el recibir la efusión del Espíritu Santo, el agua viva de Dios para su pueblo: “*Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios: Padre. El mismo es-*

piritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, porque sufrimos con él para ser glorificados con él” (Rm 8, 14-17).

Veamos otros efectos del agua viva, que es el Espíritu Santo:

- “*Todos los bautizados en Cristo se han revestido de Cristo*” (Gal 3, 27).
- “*Han sido lavados, han sido santificados, han sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios*” (1 Cor 6, 11).
- “*En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un solo cuerpo... Y todos hemos bebido de un solo Espíritu*” (1 Cor 12, 13).

Vale la pena concluir este tema, con la enseñanza del Papa Francisco en catequesis del 8 de mayo de 2013: “*He aquí por qué el agua viva, que es el Espíritu Santo, sacia nuestra vida, porque nos dice que somos amados por Dios como hijos, que podemos amar a Dios como sus hijos y que con su gracia podemos vivir como hijos de Dios, como Jesús. Y nosotros, escuchamos al Espíritu Santo que nos dice: Dios te ama, te quiere... dejémonos guiar por el Espíritu Santo*”. Como finalmente respondió la Samaritana a Jesús, junto al pozo de Jacob, digamos también nosotros: “*Señor dame de esa agua, para que no tenga más sed*” (Jn 4, 15).

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“Yo soy la luz del mundo, el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12).

Continuando con los títulos con que Jesús se autodefine, en esta oportunidad se abordará la referencia a Jesús como la Luz, que de manera velada viene a indicar una confesión de su divinidad, pues la luz plena es Dios que emana hacia todas sus criaturas.

1. La imagen de la luz, en la infancia de Jesús

San Lucas nos ofrece exquisitos detalles sobre la infancia de Jesús, resaltando en diversos momentos, la imagen resplandeciente de Jesús que viene al encuentro del hombre. Desde el instante mismo de la encarnación de Jesús, su presencia se manifiesta como luz que se gesta en el vientre de María (cfr. Lc 1, 35). En el relato de la visitación de María a Isabel, su presencia se torna como luz que llena de gozo y de Espíritu Santo a Isabel y hace saltar de alegría la criatura que llevaba en su vientre (Cf. Lc 1, 41-44) dado que identifica en quien les visita, la presencia de aquel que llega como luz resplandeciente a iluminarlos.

Una vez acontecido el nacimiento de Juan el Bautista, su padre Zacarías quien hasta ahora había permanecido mudo por su incredulidad, proclama a Jesús como: “La luz que viene de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte” (Lc 1, 78-79).

Cuando sucede el nacimiento de Jesús, justamente su presencia se identifica como luz, manifestada en esa noche a los pastores: “La Gloria del Señor los envolvió con su luz” (Lc 2, 9) y que enseguida evidenciaron como primeros testigos del nacimiento del Salvador (Lc 2, 16). Posteriormente a los cuarenta días siendo presentado Jesús en el templo, Simeón le confiesa como: “Luz para iluminar a las naciones y gloria de su pueblo Israel” (Lc 2, 32).

Por último, en estos relatos de la infancia, Jesús como luz, se manifiesta en el



Jesucristo: la luz del mundo

signo de la estrella, que ven aparecer los magos venidos de Oriente, identificando esa estrella con el nacimiento del “rey de los judíos” a quien se disponen a adorar (Cf. Mt 2, 2).

2. El Reino de Dios: manifestación luminosa de Jesús

A partir del Bautismo de Jesús, en que “se abrieron los cielos” (Mt 3, 16) la vida y obra de Jesús se torna en una manifestación esplendorosa de la gloria de Dios, en cada una de sus Palabras anunciadas y en cada uno de los milagros realizados, con un profundo sentido salvífico, pues inaugura en la tierra el Reino de Dios, en que todos los hombres están llamados a entrar. El Reino de los cielos ha sido inaugurado en la tierra por Cristo: “Se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo” (Lumen Gentium 5).

En ese sentido el Catecismo de la Iglesia católica (CIC n. 545), ofrece una síntesis de lo que implica en el mundo, la inauguración del reino de Dios: Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: “No he venido a llamar a jus-

tos sino a pecadores” (Mc 2, 17). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (Cfr. Lc 15, 11-32) y la inmensa “alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta” (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida “para remisión de los pecados” (Mt 26, 28).

En la medida que el hombre, es capaz de acoger esa invitación de entrar al Reino de Dios, erradicando de su vida lo que le separa de Dios y haciendo una elección preferencial para alcanzar ese reino, será presencia luminosa de Dios en su vida, que le libera de las tinieblas del pecado y le permite entrar en la dimensión de la luz de la eternidad.

3. La Transfiguración de Jesús

Por un instante, Jesús manifiesta su gloria divina, como visión anticipada del Reino. Relata San Lucas que: “El rostro y los vestidos de Jesús se pusieron fulgurantes como la luz, Moisés y Elías aparecieron y le hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén” (Lc 9, 29-31).

La Transfiguración, concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo “el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo” (Flp 3, 21) gloria que contemplaron Pedro, Santiago y Juan; en aquel momento y que a su vez, Moisés y Elías ya habían contemplado en la montaña.

Su transfiguración, es la evidencia de la certeza de la luz de la vida que promete Jesús, cuando se auto revela como la luz del mundo (Cf. Jn 8, 12) en la medida en que se le crea y se le acepte como salvador.

4. Llamados a ser luz en el mundo

En el Evangelio de San Mateo, Jesús advierte que: “La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu cuerpo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso, pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Si la luz que hay en ti es oscuridad ¡que oscuridad habrá! (Mt 6, 22-23) invitando de esta manera a hacer una elección preferencial por Dios, dejando claro que “nadie puede servir a dos señores” (Mt 6, 24).

Ya en el capítulo quinto de este evangelio, Jesús había enseñado “ustedes son la luz del mundo” (Mt 5, 14) animando a quienes le escuchaban, a la coherencia de vida y la necesidad de resplandecer luminosos en la realización del bien: “Brille así su luz delante de los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en los cielos” (Mt 5, 16).

Ser luz significa, hacer todo lo posible para vivir cada día de una manera que agrade a Dios, en una total apertura y disposición a Dios, permitiendo que se cumplan sus designios y propósitos, sintetizados en la regla suprema del amor que ha dejado: “Amense los unos a los otros como Yo los he amado” (Jn 15, 12).

Justamente la vivencia del amor, es lo que posibilita permanecer en “Dios que es luz, en quien no hay tiniebla alguna” (1 Jn 1, 5) conduciendo al creyente a tener claro que “quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza” (1 Jn 2, 10).

Jesucristo, el Buen Pastor

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

“**T**ú eres el Cristo” es la profesión de fe que como Diócesis hacemos este año, tomando las palabras del Apóstol Pedro. Se trata de una invitación a fijar nuestra mirada en el Crucificado, porque justamente en el madero de la Cruz, es donde Jesús, manifiesta elocuentemente esta imagen de Buen Pastor, que se entrega, se sacrifica, por la salvación de su rebaño.

El Buen Pastor y la Cruz

La figura del pastor, adquiere su plena verdad y claridad en el rostro de Cristo, en la luz del misterio de su muerte y resurrección. En la cruz, Cristo se hace nuestra pascua, es decir, nos devuelve al Padre, para ya nunca más ser arrebatados de su mano, teniendo en cuenta que desde el principio de la creación, el pecado separó al hombre de su Dios, abocándolo a la muerte eterna, que es el significado de la imagen de la expulsión del Paraíso (Gn 3, 23). Sin embargo, Dios en su misericordia, dispuso que en su Hijo único, fuéramos rescatados de esa muerte eterna, por el precio de su sangre derramada en la cruz, obteniendo de una vez y para siempre la salvación definitiva, y haciendo nuevamente de nosotros en sí mismo, los hijos del eterno Padre.

En Jesús muerto y resucitado, hemos sido hechos de nuevo propiedad del Padre por obra de este amor, que no retrocedió ante la ignominia de la cruz, para poder asegurar a todos los hombres: “Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie les arrebatará de mi mano” (Jn 10, 28). Esa es la certeza de nuestra salvación, comprados a gran precio, el precio de la sangre del Hijo de Dios, en la que esa gran muchedumbre que nos relata Juan en el Apocalipsis, de pie ante el trono de Dios, ha “lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero” (Ap 7, 9-14).

El Buen Pastor y el sacerdote pastor del rebaño

El creyente cristiano, verdaderamente



ha sido cobijado por el amor de Dios “que entregó a su propio Hijo, para que todo el que crea en Él, tenga vida eterna” (Jn 3, 16). Verdaderamente hemos sido abrazados por el amor del Padre misericordioso, que es más fuerte que el pecado mismo y la muerte, para darnos acceso a las moradas eternas.

Jesús resucitado dice a sus discípulos: «Subo al Padre mío y Padre de ustedes, al Dios mío y Dios de ustedes» (Jn 20, 17). Es una relación ya plenamente real, pero que aún no se ha manifestado: lo será al final, cuando —si Dios lo quiere— podremos ver su rostro tal cual es. ¡Es allí a donde nos quiere conducir el Buen Pastor!

Llamados al seguimiento de Jesús el Buen pastor

En el rito de la Ordenación Sacerdotal, hay una serie de preguntas vinculantes que pretenden evidenciar, el compromiso de quienes han sido llamados al orden de los presbíteros. La más significativa y que expresa ese vínculo estrecho con Cristo dice: «¿Quiere unirse cada vez más estrechamente a Cristo, sumo sacerdote, quien se ofreció al Padre como vícti-

ma pura por nosotros, y consagrarse a Dios junto a él para la salvación de todos los hombres?». El sacerdote, de hecho, es introducido de un modo especial en el misterio del sacrificio de Cristo, con una unión personal a él, para prolongar su misión salvífica. Se trata de una correspondencia generosa entre el sacerdote y Cristo, procurando cumplir a cabalidad su oficio de santificar al pueblo de Dios, ofreciendo a Dios cada día, el sacrificio que es Cristo mismo en la Eucaristía, memorial perpetuo de su Pascua.

Este oficio de santificar, se le encarga al sacerdote, en el momento en que él es ungido en sus manos con el Crisma, mientras el Obispo le dice: «Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio». Y seguidamente, al entregarle el pan y el vino le dice: «Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios en el sacrificio eucarístico. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz de Cristo el Señor».

La vida del sacerdote no es solo una

tarea que se le encarga, sino que implica su total configuración con Cristo, en donde su existencia es involucrada entera y profundamente, en comunión con Cristo resucitado quien, en su Iglesia, sigue realizando el sacrificio redentor. De ahí, que su misión no es solo presidir los sacramentos como medios de santificación para el pueblo que se le ha encomendado, sino que también realiza una misión pastoral (pastorear), en su oficio específico de enseñar y conducir a su comunidad, hacia la vida verdadera, la vida eterna.

El Buen Pastor que conduce hacia pastos abundantes

Dos verbos denotan nuestra implicación como rebaño del Señor. Por una parte el verbo **escuchar**: “Mis ovejas escuchan mi voz; Yo las conozco y ellas me siguen” (Jn 10, 27). En la predicación de Jesús es una constante, su invitación a la escucha: “El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica” (Mt 7, 24) pues es a partir de la escucha, que comienza a ser interpelada nuestra vida, se genera confrontación y revisión interior. Se trata de escuchar una voz diferente de las variadas voces del mundo, para ponerse en actitud de obediencia. De ahí la articulación en el texto de “escuchar” y “seguir”.

A partir de esa escucha que alude a un llamado, viene el segundo verbo **conocer**: “Conozco mis ovejas y ellas me conocen a mí” (Jn 10, 14). Se trata del deseo de ir mas allá, ponerse en movimiento hacia Jesús, disponiendo la vida para permanecer en Él y que Jesús permanezca en nosotros. Se establece una relación de cercanía, de afinidad, de conocerle y amarle, confiándose a su protección segura, resguardados en su presencia con la certeza que “no siguen a un extraño” (v. 5) sino que es “la puerta y si uno entra por ella, estará a salvo” (v. 9) porque ese pastor “da su vida por sus ovejas” (v. 15). La meta es consolidar en la Iglesia “un solo rebaño, un solo pastor” (Jn 10, 16) y así “cuando haya ido y haya preparado un lugar, volveré y los tomaré conmigo, para que donde Yo esté, estén también ustedes” (Jn 14, 3).

Tú eres el Cristo: mediador de la salvación

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

Continuando con el desarrollo de estas catequesis Cristológicas, vale la pena enfocarse ahora, en aquello que el Ungido (Cristo) viene a traer, como el más preciado regalo de la Misericordia de Dios al género humano: la salvación.

1. La salvación un derroche del amor de Dios

En realidad, la salvación es un designio amoroso de Dios, trazado desde el momento mismo que el hombre y la mujer decidieron desobedecerle y romper la alianza de fidelidad pactada con Él, en el Edén (Gn 3). La consecuencia que tal acción trajo para ellos, fue la pérdida del estado de santidad original y su expulsión del paraíso. Sin embargo, Dios determinó no abandonarles en su perdición elegida libremente, sino que estableció todo un plan de salvación que alcanza su punto culminante en Cristo Salvador, justamente movido por el amor: "En esto consiste el amor: no en que no-



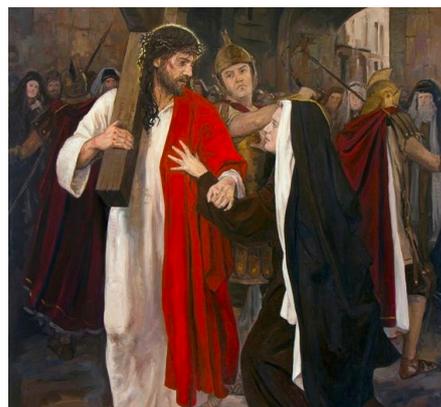
sotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10).

Todos los pecadores, es decir la humanidad entera, fueron los autores de la Pasión de Cristo y de hecho, al seguir recayendo en nuestros pecados personales, nos hacemos culpables de su horroroso suplicio, pues nuestras transgresiones "crucifican de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia" (Hb 6, 6).

2. La salvación, obediencia del Hijo a la voluntad del Padre

"Dios no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros" (Rm 8, 32) para que fuéramos "reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo" (Rm 5, 10). Jesús "Fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios" (Hch 2, 23) permitiendo Dios, que los actos de ceguera de las autoridades judías, llevara a la consumación el sacrificio redentor de su propio Hijo, el cordero sin mancha, hasta el punto que "a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniéramos a ser justicia de Dios ante Él" (2 Cor 5, 21).

Jesús aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: "Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente" (Jn 10, 18) manifestándose la soberana libertad



del Hijo de Dios cuando Él mismo se encamina hacia la muerte (CIC n. 609).

Más aún, dicha ofrenda libre, consciente y espontánea de Jesús, adquiere una especial significación en la última cena, en que estando a la mesa con sus Apóstoles, realiza el memorial de su ofrenda voluntaria al Padre (1 Cor 5, 7) por la salvación de los hombres: "Este es mi Cuerpo que va a ser entregado por vosotros" (Lc 22, 19). "Esta es mi sangre de la Alianza que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26, 28).

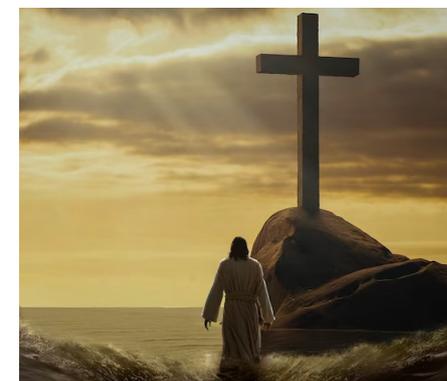
La Eucaristía que instituyó en ese momento será el "memorial" (1 Co 11, 25) de su sacrificio. Jesús incluye a los Apóstoles en su propia

ofrenda y les manda perpetuarla (cf. Lc 22, 19) y así ha sucedido desde entonces hasta nuestro tiempo, en la vida de la Iglesia.

3. En la Cruz, Jesús consume su sacrificio redentor

Jesucristo "se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y una muerte de Cruz" (Flp 2, 8) y así realizó la obra de la redención encomendada por el Padre.

En realidad, solo la sangre del cordero sin mancha ni contaminación, que es Jesús, podía pagar y subsanar la terrible consecuencia del pecado de la humanidad. Son esclarecedoras en este sentido las palabras del apóstol Pedro: "Han sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros" (1 P 1, 18-20).



Ningún hombre, aunque fuese el más santo estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrificio redentor por todos. Por su sacratísima pasión en el madero de la cruz nos mereció la justificación (CIC n. 616).

4. Nuestra responsabilidad ante la oferta de la salvación

La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (1 Tm 2, 5). La consecuencia de esto además de la salvación que en ella nos ofrece, es que Jesús llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" (Mt 16, 24) porque Él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (1 P 2, 21).

Quien nos ha redimido, quiere asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios, y de forma excelsa, lo realiza en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (CIC n. 618). Como responsabilidad nuestra, queda el apropiarse por nuestra obediencia y sincera conversión de vida, los efectos de la salvación que nos ofrece el Señor desde la Cruz y que se actualiza en nosotros, cada

vez que participamos de la mesa de la Eucaristía.

La salvación está realizada de una vez y para siempre y se nos ha participado desde el instante mismo del Bautismo, pero nuestra libertad juega un papel determinante frente a esa salvación ofrecida, puesto que libremente nos salvamos o libremente nos condenamos, según sean nuestras obras.

Con fe firme aguardamos «la esperanza bienaventurada y la llegada de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo» (Tit. 2, 13), «quien transfigurará nuestro cuerpo mortal en cuerpo glorioso semejante al suyo» (Flp 3, 21) y vendrá «para ser glorificado en sus santos y mostrarse admirable en todos los que creyeron» (2 Ts 1,10).

Jesucristo: Resurrección y Vida

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis

“Yo soy la Resurrección y la Vida” (Jn 11, 25) son estas las Palabras con las que Jesús se autodefine ante Marta frente a la tumba de su hermano Lázaro y que indican espléndidamente la meta a alcanzar, como plenitud de nuestra vida en Cristo. Continuando con esta serie de catequesis Cristológicas, abordamos en el Tiempo Pascual en que nos encontramos, este tema tan fundamental en la vida de fe, pues en realidad se trata de la verdad culminante de nuestra fe en Cristo (CIC 638).

1. La Resurrección de Jesús ¿un hecho histórico y real?

El Nuevo Testamento, atestigua manifestaciones históricamente comprobadas del Resucitado a sus discípulos. Los evangelios de Mateo 28, Lucas 24 y Juan capítulos 19 y 20, nos muestran primeramente la imagen del “sepulcro vacío” y en seguida los testimonios de las apariciones del Resucitado a los de su grupo, haciendo de los Apóstoles los testigos oculares de este acontecimiento, de manera que su fe en la Resurrección nació bajo la acción de la gracia divina de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado (CIC 644). Convencidos de esa verdad, pueden confirmar en la fe a sus hermanos y ser fundamento de certeza de este hecho, para la Iglesia naciente y hasta nuestro tiempo.

2. ¿Cómo entender y exponer el hecho de la Resurrección de Cristo?

Los evangelios testimonian una relación directa y física de Jesús resucitado con sus discípulos: mediante el tacto: “Miren mis manos y mis pies, soy yo mismo. Tóquenme y vean, un fantasma no tiene carne y hueso, como ven que yo tengo” (Lc 24, 39) y el compartir la comida: “Jesús se acercó, tomó pan y se lo repartió e hizo lo mismo con el pescado” (Jn 21, 13). Con estas acciones, Jesús les invita a comprobar que su cuerpo resucitado

es el mismo que ha sido martirizado y crucificado, pues sigue llevando las huellas de su pasión (Jn 20, 20-27).

Sin embargo, pese a que es un cuerpo auténtico y real, tiene las propiedades de un cuerpo glorioso, es decir, no se sitúa en el tiempo y el espacio, pues puede hacerse presente a su voluntad donde quiere y cuando quiere. Es un cuerpo glorificado, que ya no puede ser retenido en la tierra, sino que pertenece al dominio divino del Padre (Jn 20, 17). La Resurrección de Jesús, se trata como bien lo expone el Catecismo (n. 648): de la intervención de las tres Personas divinas, que actúan juntas a la vez y manifiestan su propia originalidad. Se realiza por el poder del Padre que “ha resucitado” (Hch 2, 24) a Cristo, su Hijo, y de este modo ha introducido de manera perfecta su humanidad —con su cuerpo— en la Trinidad. Jesús se revela definitivamente “Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos” (Rm 1, 3-4).

Jesús Resucitado, rompe las cadenas de la muerte, para ir hacia un tipo de

vida totalmente nuevo, más allá del límite histórico y de la muerte, en una dimensión nueva de ser hombre. Así lo afirma el Catecismo: “En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es “el hombre celestial” (CIC 646). Por ende, no es un mero cadáver reanimado, sino alguien que vive desde Dios de un modo nuevo y para siempre, lo que explica por qué inicialmente a quienes se les apareció, no lo reconocieron.

“La resurrección de Cristo es principio y fuente de nuestra resurrección futura y en la espera que esto se realice, el Resucitado vive en el corazón de los fieles (CIC 645)”.

no lo reconocieron.

3. ¿Qué implicaciones tiene para todos los creyentes la Resurrección de Jesús?

San Pablo afirma: “Si por un hombre vino la muerte, por un hombre viene la resurrección de los muertos. Como todos mueren por Adán, todos recobrarán la vida por Cristo” (1 Cor 15, 21-22).

En la Resurrección de Jesús, se ha alcanzado una nueva posibilidad de ser hombre, que interesa a todos y que abre un nuevo futuro para la humanidad. Cristo ha resucitado y todos están llamados a resucitar con Él. La palabra definitiva en la vida de los creyentes, no es la muerte sino la vida eterna, gracias a la Resurrección de Cristo, pues “por su muerte nos libera del pecado y por su resurrección nos abre el acceso a una nueva vida” (CIC 654).

El Catecismo de la Iglesia católica enseña, que la Resurrección de Cristo es principio y fuente de nuestra resurrección futura y en la espera que esto se realice, el Resucitado vive en el corazón de los fieles (CIC 645). En Él los cristianos “saborean los prodigios del mundo futuro” (Hb 6, 5) y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina, “para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15). Si se pone en duda este hecho, Jesús no pasaría de ser una mera figura humana con una propuesta religiosa fallida, y su autoridad se reduciría al hecho de si su mensaje nos convence o no. No tendría ninguna razón de ser el hecho de la religión.

Con razón afirma el apóstol Pablo que “Si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria... Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los hombres más dignos de compasión. ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos, como primicia de los que durmieron” (1 Cor 15, 17-20).

Cristo, “el primogénito de entre los muertos” (Col 1, 18), es el principio de nuestra propia resurrección, ya desde ahora por la justificación de nuestra alma (cf. Rm 6, 4), más tarde por la vivificación de nuestro cuerpo (cf. Rm 8, 11).

Mientras peregrinamos en este mundo, avancemos con la certeza que “nosotros somos ciudadanos del cielo, y esperamos que de allí vuelva nuestro Salvador, el Señor Jesucristo” (Flp 3, 20).



Jesús el Cristo: Asciende al cielo y está sentado a la derecha del padre

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

En esta nueva catequesis cristológica, Jesús el Cristo, nos lleva ahora a dirigir nuestra mirada hacia los bienes del cielo, que es justamente la patria definitiva en la que estamos llamados a permanecer, como bien lo expresa san Pablo: “*Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspiran a las cosas de arriba, no a las de la tierra*” (Col 3, 1-2).

1. ¿En qué consiste la afirmación de que Jesús subió a los cielos?

“*Con esto el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios*” (Mc 16, 19). Este dato bíblico recogido en el credo, representa el instante mismo de la “*entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina, simbolizada por la nube y por el cielo, donde Él se sienta para siempre a la derecha de Dios*” (CIC n° 659). La Ascensión de Jesucristo marca la entrada definitiva de la humanidad de Jesús en el dominio celeste de Dios de donde ha de volver (cf. Hch 1, 11).

Para poder afirmar lo anterior hay que tener en cuenta que, desde su resurrección hasta ese momento de su Ascensión al cielo, la gloria del Resucitado queda velada, bajo los rasgos de una humanidad ordinaria, como bien lo expresan sus mismas palabras, en el diálogo con María Magdalena: “*Todavía...no he subido al Padre. Vete a donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y su Padre, a mi Dios y su Dios*” (Jn 20, 17). Solo el que “*salió del Padre*” puede “*volver al Padre*” pues “*nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre*” (Jn 3, 13).

2. ¿Significa la Ascensión una ausencia definitiva de Jesús en el mundo?

San Mateo termina su Evangelio con la promesa que hace Jesús a sus discípulos, justo antes de su Ascensión: “*He aquí que yo estoy con ustedes, todos los días, hasta el final de los tiempos*” (Mt 28, 20). Pareciera un mensaje contradictorio, si de acuerdo a los demás evangelios, Jesús después de hablarles fue elevado al cielo.

La Ascensión, para los discípulos no significa un abandono de Jesús, que se esfumó en un cielo inaccesible y lejano, sino que quedan convencidos de que se trata de la entrada de Jesús glorificado en el misterio de Dios y por tanto de una presencia nueva de Jesús, cerca de todos y en todo lugar. Jesús “*no se ha marchado, sino que en virtud del mismo poder de Dios, ahora está presente junto a nosotros y por nosotros...Está presente al lado de todos y todos lo pueden invocar en todo lugar y a lo largo de la historia*” (Benedicto XVI, Jesús el Cristo. T 2, pp 325 ss).

3. ¿Qué entender por “está sentado a la derecha del Padre”?

El Papa Benedicto XVI en su libro “*Jesús de Nazareth*” afirma que el trono de Dios “*no se trata de un lugar cósmico lejano, en que Dios habría erigido su trono y en él habría dado un puesto también a Jesús. Dios es el presupuesto y el fundamento de toda dimensión espacial existente, pero no forma parte de ella, sino que es su creador... el Jesús que se despidió, entra en la comunión de vida y poder con el Dios viviente, en la situación de superioridad de Dios sobre todo*

“El Catecismo nos enseña que sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del reino del Mesías”.



espacio” (Tomo 2, pp. 328-329).

El Catecismo nos enseña que sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del reino del Mesías, cumpliéndose la visión del profeta Daniel respecto del Hijo del hombre: “*A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás*” (Dn 7, 14). A partir de este momento, los apóstoles se convirtieron en los testigos del Reino que no tendrá fin (CIC n° 664).

4. Llamados por Jesús a la casa del Padre

Por sí sola, la humanidad no tiene acceso a la casa del Padre, a la vida y felicidad en Dios. Solo Cristo ha podido abrir este acceso al hombre. De manera precisa lo indica Él mismo a sus discípulos cuando les dice: “*Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí*” (Jn 12, 32) y posteriormente afirma: “*nadie va al Padre sino por mí*” (Jn 14, 6). Jesús introducido plenamente en la gloria de su divinidad, nos ha precedido como nuestra cabeza, para que podamos seguirlo posteriormente en la gloria de su Reinado e intercediendo por nosotros: “*Pueda salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor*” (Hb 7, 25). Su Ascensión se configura como una invitación formal a los creyentes

a seguirle, pues solo Él es el camino que conduce al Padre.

Por el bautismo, nuestra vida está escondida con Cristo (Cf. Col 3, 3) estamos “*allá arriba*” junto a Cristo a la derecha del Padre. Es el “*ya*” ofrecido como don, pero todavía no, y eso simboliza la imagen de la “*nube*” que oculta a Jesús en ese momento (Cf. Hch 1, 9) pues implica para el creyente, aprender a “*elevarse*” hacia esa nueva vida eterna, mediante un caminar junto con Cristo, entendiendo que si nos adentramos en la esencia de nuestra existencia cristiana que es el amor, entonces tocamos al Resucitado. Tomar la cruz y seguirle (Mt 16, 24) es decir un caminar junto con el crucificado, es nuestro subir para tocarlo.

5. ¡Maranathá! Ven Señor Jesús

Jesús se va bendiciendo: “*Mientras los bendecía se separó de ellos subiendo al cielo*” (Lc 24, 51) y permanece en la bendición. Sus manos quedan extendidas sobre el mundo, como un techo que nos protege, pero son al mismo tiempo un gesto de apertura que desgarrar el mundo, para que el cielo penetre en él y llegue a ser en él una presencia. Esta es la razón permanente de la alegría cristiana, a imitación de la alegría de los apóstoles después de la Ascensión.

Por eso en medio de la tribulación del mal que nos asedia, le imploramos ¡Maranathá! ¡Ven Señor Jesús! Acoge nuestra vida en la presencia de tu poder bondadoso.

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.



Habiendo reflexionado sobre diferentes aspectos de la vida de Jesús en su naturaleza humana y divina, vale la pena abordar la dimensión eclesiológica del ser mismo de Cristo, como piedra angular de la Iglesia, en cuanto que *“edificados sobre el cimiento de los Apóstoles y profetas, siendo Cristo la piedra angular, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también ustedes están siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu”* (Ef 2, 20-22).

1. Los “doce” como célula originaria de la Iglesia

Al comienzo de su vida pública, Jesús reunió discípulos en torno suyo y de entre ellos, eligió doce como testigos privilegiados de sus acciones y palabras, pero ante todo como figura esperanzadora de la restauración de las doce tribus de Israel. Aparece así Jesús como el nuevo Jacob que ponía los cimientos del nuevo Israel y como el patriarca del nuevo pueblo de Dios.

San Marcos describe en su Evangelio, el papel de los doce: instituidos *“para que vivieran con Él y para enviarlos a predicar con poder para expulsar los demonios”* (Mc 3, 13-14) con Pedro como su cabeza: *“Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”* (Mt 16, 18). En ellos, se perfila ya la misión del ministerio apostólico de la Iglesia, que principalmente en la figura del obispo y los sacerdotes como sus colaboradores, se prevé la sucesión apostólica, continuando la obra que Jesús encomienda a sus apóstoles. Se trata de un ministerio eclesial, que deriva del sacramento del orden sacerdotal, como misión sacramental por parte de Jesucristo mismo en su Iglesia.

2. La última cena de Jesús, acto fundante de la Iglesia

En la última cena, Jesús instituyó la Eucaristía y con ella, fundó finalmente el pueblo de la nueva alianza, que ya germinaba con la institución de los

doce. Así lo testimonia el Evangelio de san Lucas cuando relata que: *“después de cenar, tomó la copa diciendo: esta copa es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por ustedes”* (Lc 22, 20). Surge de esta manera, una nueva comunidad visible de salvación, el nuevo pueblo de Dios, que tiene su fundamento y su centro vital en la Eucaristía, enunciada por el Concilio Vaticano II como *“centro y culmen de la vida cristiana”* (Lumen Gentium, 11).

3. La Iglesia, cuerpo místico de Cristo

“La comparación de la Iglesia con el cuerpo, arroja un rayo de luz sobre la relación íntima entre la Iglesia y Cristo. No está solamente reunida en torno a Él: siempre está unificada en Él, en su Cuerpo” (CIC n° 789). Continúa el catecismo enseñando que *“La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, pues por el Espíritu y su acción en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, Cristo muerto y resucitado constituye la comunidad de los creyentes como cuerpo suyo. La Iglesia es este Cuerpo del que Cristo es la Cabeza: vive de Él, en Él y por Él; Él vive con ella y en ella”* (CIC n° 805 y 807).

La primera carta de San Pablo a los Corintios, señala justamente esta unicidad de la Iglesia como cuerpo de Cristo, cuando afirma que *“muchos*

son los miembros, mas uno el cuerpo. Ustedes son el cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno por su parte” (1 Cor 12, 20.27) y el Concilio Vaticano

“La naturaleza misma de la Iglesia es evangelizar y ser misionera”

II viene a precisar que *“la cabeza de este cuerpo es Cristo... es necesario que todos los miembros se hagan conformes a Él, hasta el extremo de que Cristo quede formado en ellos. Él mismo conforta constantemente su cuerpo, que es la Iglesia, con los dones de los ministerios, por los cuales, con la virtud derivada de Él, nos prestamos mutuamente los servicios para la salvación, de modo que, viviendo la verdad en caridad, crezcamos por todos los medios en Él, que es nuestra Cabeza”* (LG n°7).

4. La misión de Cristo y la misión de la Iglesia

En la misión confiada por Jesús a sus discípulos, fueron confirmados plenamente el día de Pentecostés (cf. Hch 2,1-36), según la promesa del Señor: *«Recibirán la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos así en Jerusalén como en toda la Judea y Samaria y hasta el último confín de la tierra»* (Hch 1, 8). Una misión que efectivamente cumplieron los apóstoles, predicando en todas partes el Evangelio, hasta el extremo de sufrir todos ellos el martirio, congregando la Iglesia Universal que el Señor fundó en ellos y edificó sobre Pedro, su cabeza, siendo el propio Cristo Jesús la piedra

angular. *“Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con Él”* (L.G 8b).

Al respecto, es iluminadora la enseñanza del Concilio cuando establece un paralelo entre la misión de Cristo y la misión de la Iglesia:

“Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (Flp 2, 6-7), y por nosotros *«se hizo pobre, siendo rico»* (2 Co 8,9); así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo.

Cristo fue enviado por el Padre a *«evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos»* (Lc 4, 18), *«para buscar y salvar lo que estaba perdido»* (Lc 19, 10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo. Pues mientras Cristo, *«santo, inocente, immaculado»* (Hb 7, 26), no conoció el pecado (cf. 2 Co 5, 21), sino que vino únicamente a expiar los pecados del pueblo (cf. Hb 2,17), la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación” (L.G 8c).

La naturaleza misma de la Iglesia es evangelizar y ser misionera; por eso, incesantemente *“ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el Pueblo de Dios, cuerpo del Señor y templo del Espíritu Santo, y en Cristo, cabeza de todos, se rinda al creador universal y Padre todo honor y gloria”* (L.G 17).

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

“**Y** entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria” (Lc 21, 27).

Jesucristo es Señor del cosmos y de la historia a quien se le han sometido todas las cosas, pues está: “por encima de todo principado, potestad, virtud, dominación... y bajo sus pies (el Padre) sometió todas las cosas y le constituyó cabeza suprema de toda la Iglesia” (Ef 1, 21-22). A partir de esta verdad de fe, se abordará en este tema, el “ya, pero todavía no” de la consumación definitiva del designio de Dios “todo en todas las cosas” (1 Cor 15, 28), que alcanzará su plena realización, con la segunda venida gloriosa de Jesucristo.

1. Cristo reina ya mediante la Iglesia

La Ascensión del Señor a los cielos no supone una ausencia suya del mundo y de su Iglesia. De hecho, “la Ascensión de Cristo al cielo, significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo” (CIC 668).

Jesús ha sido constituido como Señor de todo cuanto existe, pero aun está en espera ese pleno señorío de Jesús sobre todas las realidades creadas, pues “el Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, no está todavía acabado... y es objeto de ataques de los poderes del mal, a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo” (CIC 671).

El tiempo presente, tal como es posible constatar, es: “un tiempo marcado todavía por la tribulación (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia e inaugura los combates de los últimos días. Es un tiempo de espera y de vigilia” (CIC 672).

2. El glorioso advenimiento de Cristo

Jesús hablando a sus discípulos sobre el momento final de la historia, les dice que: “verán al Hijo del hombre que viene entre nubes con gran poder y gloria y enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos” (Mc 13,



26-27). El interrogante de los discípulos fue sobre el cuándo sucederían esas cosas, a lo que Jesús les responde: “sobre aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre” (Mc 13, 32). La única actitud que sugiere Jesús, es “estar atentos y vigilar, porque ignoran cuando será el momento” (Mc 13, 33).

Enseña el Catecismo que “desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (cf Ap 22, 20) aun cuando a nosotros no nos “toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad” (Hch 1, 7). Este acontecimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (cf. Mt 24, 44: 1 Ts 5, 2), aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén “retenidos” en las manos de Dios” (CIC 673).

3. Para juzgar a vivos y muertos

Nos enseña la Sagrada Escritura que: “el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha entregado al Hijo” (Jn 5, 22) y añade versículos mas adelante que el Padre “le ha dado poder para juzgar porque es el Hijo del hombre” (Jn 5, 27). Cristo es Señor de la vida eterna y adquirió este derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones de los hombres, por su cruz y su muerte redentora en ella.

Sin embargo, no es correcto pensar en una imagen de Dios que se gozará al final de los tiempos con el sufrimiento y la perdición definitiva de muchos de sus hijos, como un Dios vengador e inmisericordioso, pues tal como lo precisa el Catecismo de la Iglesia Católica: “el Hijo no

ha venido para juzgar sino para salvar (Jn 3, 17) y para dar la vida que hay en Él” (CIC 679).

4. La responsabilidad del hombre frente al momento del juicio

San Pablo advierte que al final: “todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para recibir el pago de lo que hicimos, el bien o el mal, mientras estábamos en el cuerpo” (2 Cor 5, 10). Al hacer una lectura detenida de algunos textos de la Biblia, se encontrarán enseñanzas valiosas en torno a la implicación de la libertad del hombre en relación a su propia salvación:

● “El que cree en Él, no es juzgado; pero el que no cree ya está juzgado porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios” (Jn 3, 18).

● “El que me rechaza y no recibe mis palabras, ya tiene quien le juzgue: la Pa-

labra que Yo he hablado, esa le juzgará el último día” (Jn 12, 48).

● “Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a Él; porque el santuario de Dios es sagrado y ustedes son ese santuario” (1 Cor 3, 17).

● “Porque si voluntariamente pecamos, después de haber recibido el pleno conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por los pecados, sino la terrible espera del Juicio y la furia pronta del fuego pronto a devorar a los rebeldes” (Hb 10, 26-27).

En realidad, “es por el rechazo de la Gracia de Dios en esta vida, por lo que cada uno se juzga ya a si mismo, es retribuido según sus obras y puede condenarse eternamente al rechazar el Espíritu de amor” (CIC 679). Así lo evidencia san Mateo, cuando presenta el relato del juicio final en el capítulo 25 de su Evangelio: “Todo cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí también me lo hicieron... y cuanto dejaron de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejaron de hacerlo” (Mt 25, 40-45).

La voluntad de Dios sobre sus hijos es que “todos se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tm 2, 4), pero justamente esa salvación consiste en el conocimiento de la verdad que es Jesucristo (Jn 14, 6) y en aceptarle como el salvador; en el que importa el empeño de toda la vida. Es necesaria una cooperación de nuestra parte, como apropiación de la oferta de la salvación, que en Cristo se nos ha dado por su muerte redentora en la Cruz.

- 🏠 Compra y venta de oro
- 📦 Detalles para toda ocasión
- 💍 Anillos
- 🔗 Argollas de matrimonio

CONTÁCTANOS

💎 320 304 8220

💎 321 206 6202

💎 312 859 1230

Calle 9, Centro Comercial La Alejandría, local 1-369 puerta 3

Por: Pbro. Juan Carlos Ballesteros Celis, párroco de Santa Clara de Asís y miembro de la pastoral de catequesis.

“**S**í, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz” (Jn 18, 37).

El año litúrgico se cierra con la celebración de la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, indicando con ello, que la Iglesia es peregrina, hacia el encuentro del que viene como Señor de la vida y de la historia.

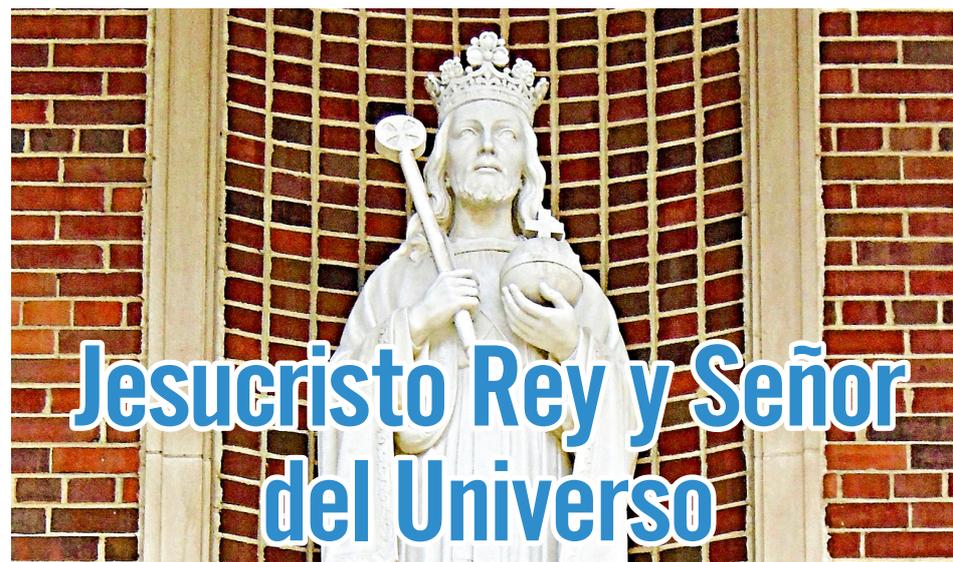
1. Jesucristo Rey, prefigurado y anunciado en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento son abundantes las referencias a la realeza del Mesías salvador; algunas de ellas de manera indirecta (ver Nm 24, 19; Sal 2 y 44); y otras más directas, en que se evidencia la realeza del Señor: “*el trono tuyo ¡Oh Dios! Permanece por los siglos de los siglos; el cetro de su reino es cetro de rectitud*” (Sal 44) y también “*Dominará de un mar a otro, y desde el uno al otro extremo de la tierra*” (Sal 71).

El libro de Daniel, anuncia que el Dios del cielo fundará un reino, “*el cual no será jamás destruido..., permanecerá eternamente*” (Dn 2, 44); y poco después añade: “*Yo estaba observando durante la visión nocturna, y he aquí que venía entre las nubes del cielo un personaje que parecía el Hijo del Hombre; quien se adelantó hacia el Anciano de muchos días y le presentaron ante Él. Y a Él se le dio la potestad, el honor y el reino: Y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán: la potestad suya es potestad eterna, que no le será quitada, y su reino es indestructible*” (Dn 7, 13-14).

Por su parte los profetas de manera más precisa, refiriéndose al Mesías, manifiestan:

- “*Nos ha nacido un Párvulo y se nos ha dado un Hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado; y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de Paz. Su imperio*



será amplificado y la paz no tendrá fin; se sentará sobre el solio de David, y poseerá su reino para afianzarlo y consolidarlo haciendo reinar la equidad y la justicia desde ahora y para siempre” (Is 9, 6-7).

- “*Por eso le daré parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes*” (Is 53, 12).

- “*Suscitaré a David un germen justo: reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra*” (Jr 23, 5).

- “*El edificará el templo de Yahveh, él llevará las insignias reales, se sentará y dominará en su trono*” (Zac 6, 13).

2. Jesucristo Rey, en el Nuevo Testamento

La doctrina sobre Jesucristo Rey, anunciada en Antiguo Testamento, se haya magníficamente confirmada. Un ejemplo claro de ello es cuando el ángel Gabriel visita a María, le dice refiriéndose al hijo que habrá de concebir “*el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos de los siglos y su reino no tendrá fin*” (Lc 1, 32-33). Este Rey anunciado, al encarnarse, se hizo el servidor de todos “*humillándose a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y una muerte de Cruz*” (Flp 2, 8).

Refiriéndose a sí mismo, Jesús afirmó,

“*El Hijo del hombre, no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos*” (Mt 20, 28). Y públicamente declara ante Pilato: “*Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí*” (Jn 18, 36). Posteriormente antes de su ascensión, afirmó ante sus discípulos “*me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*” (Mt 28, 18).

Esta afirmación es enseñada por el apóstol Pedro, en su discurso al pueblo después de Pentecostés: “*sepa con certeza toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús, a quien ustedes han crucificado*” (Hch 2, 36). Anuncio confirmado elocuentemente por san Pablo al enseñar que: “*Dios lo exaltó y le concedió el nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra y en los abismos y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor, para la gloria de Dios Padre*” (Flp 2, 9-11).

3. Características del reinado de Jesús

En su encíclica “*Quas primas*” el Papa Pío XI, con la que instituyó la fiesta de Cristo Rey en la liturgia de la Iglesia como cierre del año litúrgico, afirmó: “*No es de maravillar que San Juan le llame “Príncipe de los reyes de la tierra” (Ap 1, 5), y que Él mismo, conforme a la visión apocalíptica, “lleve escrito en su vestido y en su muslo: Rey de Reyes y Señor de los que dominan” (Ap 19, 16). Puesto que el Padre constituyó a*

Cristo “*heredero universal de todas las cosas*” (Hb 1, 1), menester es que reine Cristo hasta que, al fin de los siglos, “*ponga bajo los pies del trono de Dios a todos sus enemigos*” (1 Cor 15, 25).

Los textos bíblicos hasta ahora citados, demuestran que el Reino de Cristo es de carácter espiritual y se refiere a las realidades espirituales. Según el Evangelio de san Juan, la Cruz viene a ser el trono del rey, y la Pasión se constituye en el ceremonial de investidura del Rey, pues es sobre el leño de la cruz, donde resplandece el amor de quien nos ha amado hasta el final. Es la soberanía del amor de Cristo, que está por encima de lo cauduco de los reinos de este mundo.

Contrario a lo que pensaba el pueblo de Israel, que esperaba un mesías político y guerrero. El reino de Jesús es una lucha frontal contra el imperio del mal, manifestando la soberanía de su amor “*nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos*” (Jn 15, 13).

4. Realeza gloriosa de Jesús, al final de los tiempos

Aun cuando el presente es un combate entre quien pertenece al Reino de Dios y quien pertenece al dominio de las tinieblas, ciertamente se entrevé la victoria final de Cristo y sus elegidos al final de los tiempos “*la victoria es de nuestro Dios que está en el trono y del cordero*” (Ap 7, 10). Jesús mismo, hablando sobre el final de los tiempos afirma: “*aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre... y lo verán venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria*” (Mt 24, 30). San Pablo describe esta soberanía de Jesús, quien “*debe reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies*” y “*Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo*” (1 Cor 15, 25.28).

Solo queda esperar en Él, Rey y Señor de todo cuanto existe y perseverar firmes e inmovibles en la fe hasta el final, pues en su promesa aguarda la Iglesia: “*¡Sí, vengo pronto. ¡Amén! ¡Ven señor Jesús!*” (Ap 22, 20).

CONCLUSIÓN

Llegados al final de este recorrido reflexivo en torno a la persona de Jesús, después de haber abordado varios aspectos que de su identidad y de su hacer, es posible conocer por el testimonio que ofrecen las Sagradas Escrituras, con el objetivo claro de afianzar la fe en Jesús el Cristo, de manera que *“crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios y para que creyendo tengan vida por medio de Él”* (Jn 20,31).

Toda la revelación sobre la persona de Jesús, viene a ser luz y guía para quienes se abran al misterio de su presencia, dispuestos a dejarse iluminar por Él. El misterio cristiano supera de hecho las barreras del tiempo y del espacio, y realiza la unidad de la familia humana: Desde lugares y tradiciones diferentes todos están llamados en Cristo a participar en la unidad de la familia de los hijos de Dios [...]. Jesús derriba los muros de la división y realiza la unificación de forma original y suprema mediante la participación en su misterio. Esta unidad es tan profunda que la Iglesia puede decir con san Pablo: *« Ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios »* (Ef 2,19). (Dominus Iesus 23c).

Espero que estas reflexiones, le ayuden apreciado lector a enamorarse mas de Dios y hacer una opcion preferencial por Cristo para alcanzar la salvación, pues *“en ningún otro se encuentra la Salvación, ya que no se ha dado a los hombres sobre la tierra otro Nombre por el cual podamos ser salvados”* (Hch 4,12).